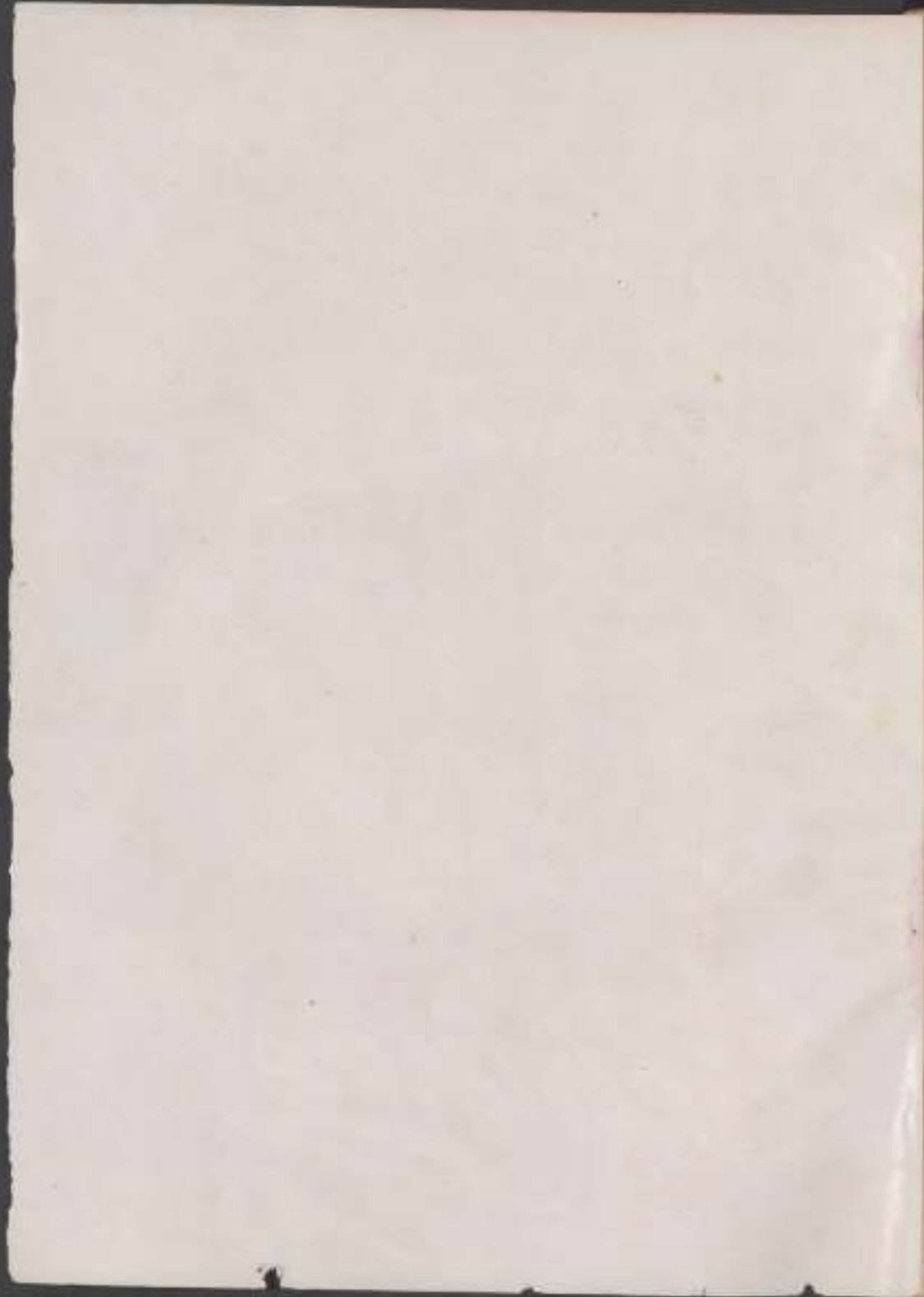


Leslie
HOWARD

*Siempre
Eva*





EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

¡Siempre Eva!

Sugestiva comedia cinematográfica

Dirección de

TAY GARNETT

Producción

WALTER WANGER

UNITET ARTISTS

Distribuida por

SELECCIONES CAPITOLIO

Provenza, 292 — Barcelona

PRINCIPALES INTÉRPRETES

LESLIE HOWARD

JOAN BLONDELL

Humphrey Bogart

Alan Mowbray

Marla Shelton

C. Henry Gordon

Jack Carson

PRIMERA LA INTRODUCCIÓN

*Argumento narrado por
Ediciones Bistagne*

¡SIEMPRE EVA!

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Viejo, desdentado, decrepito, medio tullido, Foulter Pettypacker, el banquero de Wall Street, poseía todavía arrestos suficientes para imponer su omnimoda voluntad a todos los miembros masculinos de su vasta familia, pues con los femeninos no se había atrevido a meterse nunca. Sus caprichos eran leyes, y bastaba un gruñido o un puñetazo descargado sobre la mesa para que todo el mundo enmudeciera y bajara la cabeza. Y como tenía un genio endiablado, resultaba difícil contemporizar con él.

Foulter era el presidente de una Junta de accionistas propietaria de unos estudios cinematográficos de Hollywood, pero desde hacía algún tiempo el negocio iba mal, y Foulter no era de los que se resignan a perder dinero con la esperanza de recobrarlo más tarde. Había, pues, decidido vender los Estudios, y era por tal motivo que se había reunido el elemento masculino de la familia, en el salón de Juntas del Banco.

Foulter tenía la palabra. Había estado hablando durante media hora sin que nadie se atreviera a in-

terrompirle. Finalmente, cuando hubo dicho lo que le vino en gana, preguntó a sus familiares:

—Y bien, ¿tienen ustedes algo que añadir?

Cirus, el hijo mayor, viejo ya, pero tímido como un niño de cinco años en presencia de su padre, arguyó:

—Estamos esperando tu opinión, padre. Además, desearía hacerte una pregunta. ¿Qué piensas del informe de Atterbury Dodd?

—¿Quieres saber mi opinión? Creo que es una ingeniosa estratagema. ¿Qué dices a eso tú?

La pregunta iba dirigida a uno de sus nietos. Este contestó:

—Que estamos de acuerdo, abuelo. Tú tienes siempre razón.

Aquel delicado homenaje a su ancianidad, tuvo la virtud de sublevar al viejo, aunque si hubiese oído lo contrario lo habría sucedido lo mismo.

—No hay nadie que tenga siempre razón—razongó—. ¿Todavía no no lo comprendes?

Lo único que comprendía el nieto era que su abuelo tenía muy mal

genio. Decidió dar la callada por respuesta y esperar los acontecimientos. Foulter se volvió de nuevo hacia el mayor de sus retoños y le ordenó:

—Anuncia al señor Nassau, de Hollywood, inmediatamente, que la casa Pettypacker aceptará cinco millones de dólares por la venta de los Estudios Colossal. Hazlo antes de que cambie de idea. Agradece a Atterbury su informe y dile que venga a verme.

Salió Cyrus en busca de Atterbury. Habría deseado que se hallase a mil leguas de distancia, pero, desgraciadamente, el matemático se encontraba tres habitaciones más lejos, y no tardó en dar con él.

Atterbury Dodd era un hombre joven, tenía el pelo rubio y suavemente ondulado, los ojos azules, las facciones correctas, era delgado, alto y, a pesar de vestir descuidadamente, era elegante. Todos estos atributos físicos que habrían envanecido a otro hombre, dejaban indiferente a Atterbury. Existía una razón. Dodd ignoraba todo aquello, mejor dicho, no sabía a ciencia cierta cómo era su rostro y su figura, y si alguien se lo hubiese preguntado se habría viato en un gran apuro para contestar. No es que Atterbury tuviese la desgracia de ser ciego, pero era extrema-

damente corto de vista y distraído hasta un punto inconcebible. Estos dos defectos le habían impedido contemplarse en el espejo y cerciorarse de que, con un poco de cuidado y buena voluntad, habría podido convertirse en un Don Juan.

Atterbury era un matemático excelente. Antes de romper a hablar sabía cuántos eran dos y dos. Los números habían sido siempre su debilidad, y más que un hombre, parecía una máquina calculadora. En este aspecto, Atterbury Dodd no tenía rival. Las sumas más fantásticas eran resueltas por él a una velocidad de vértigo, y no había problema que no pudiera resolver en cinco minutos. Cyrus le encontró haciendo la apología de las matemáticas en términos exaltados.

—No puedo negar que he hallado dificultades para persuadir a las gentes de que las matemáticas no son una ciencia de meros números o de dibujos geométricos, sino una ciencia más importante para la existencia que los alimentos y la bebida. Es una ciencia...

Se detuvo unos instantes para inspeccionar una factura que uno de los empleados del Banco acababa de poner ante él, y advirtió:

—Esta factura debió haber sido despachada anoche.

Luego, continuó su apología:

—Es una ciencia sin la cual no puede haber música, ni poesía, ni arte...

Otro empleado acababa de presentarle un papelito en el cual la máquina calculadora había estampado un total. Le bastó a Atterbury echarle una mirada distraída para ver que la suma estaba equivocada.

—Hay un error—rectificó—. Debería ser 1.276.321...

—La hicimos con la máquina de sumar—insinuó el empleado.

—Pues que la reparen—ordenó Atterbury, y siguió su perorata—. El salto del salmón, el ritmo de la danza, cada una de estas cosas es matemática pura.

No tardó Atterbury en hallarse ante Foulter. Era tal vez el único varón sobre la tierra que no temía al viejo. Al contrario, gustaba de plantarle cara y cantarle las verdades siempre que se presentaba la ocasión propicia. Ahora, al enterarse de que, aun agradeciendo su informe, habían decidido vender los Estudios, aceptando la oferta de Nassau, Atterbury protestó indignado:

—¡Pero esto es una locura! Mi punto de vista, así es que todavía le interesa conocerlo, señor Foulter, es que sería ridículo vender los Estudios.

El viejo cascarrabias le miró eri-

tre sonriente e indignado. En el fondo le gustaba aquel hombre que se atrevía a desafiar sus juicios. Sin embargo, como en aquel asunto creía tener la razón por entero, intentó convencer al joven:

—Pero, Atterbury, trate de comprender...

—Lo único que yo comprendo es que reciben mis conclusiones con obstinado menosprecio—repuso el matemático, indignado—. Veo más aún. Existen tres mil doscientos dos accionistas a quienes no se otorga la protección a que tienen derecho.

—¿Hasta dónde iba usted a llegar para protegerlos mejor?—rezongó el viejo.

—Hasta el mismo Hollywood. Examinaría los archivos de la Compañía, descubriría el error que ha hecho contar por fracasos cada una de las últimas películas, y lo subsanaría.

—Su método sería muy sencillo y muy eficaz, pero yo tengo debilidad por vender pronto.

—En materia de negocios deben suprimirse las debilidades.

—Es usted muy listo pero demasiado joven. Yo soy viejo y tengo mucha más experiencia. ¿Se ha dado usted cuenta de cómo la partalla nos muestra sombras animadas? Pues, sí, señor, así es. Uno

crea los personajes y otros les dan vida. Y unos y otros poseen temperamentos diferentes. Con números y con poesía, amigo Atterbury. Es así cómo hace King Vidor las buenas películas.

—Dos y dos siempre serán cuatro, se trate de King Vidor o de Perico de los palotes—repuso Dodd indignado.

—Es usted muy terco y obstinado.

—No confunda la confianza en sí mismo con la obstinación. Mi confianza se asienta en las matemáticas, ciencia que jamás falla, y jamás fallará. Apostaría mi porvenir.

—Palabrería. Usted se juega su futuro, nosotros nos jugamos cinco millones de dólares.

—Se juegan ustedes algo más que eso. Venden una propiedad de diez millones de dólares por la mitad de su valor, porque les causa preocupaciones. Tiran por la ventana cinco millones del dinero de sus accionistas.

Cirus, que había estado escuchando el diálogo sostenido entre los dos antagonistas, dando señales de impaciencia, creyó llegado el momento de intervenir.

—¡Atterbury! ¡Cómo se atreve! —le amonestó.

—¡Cállate! —chilló el abuelo echándole una mirada que le hizo

enmudecer rápidamente, y luego, volviéndose hacia Dodd, continuó—: Durante veinte años de vida bancaria nadie se atrevió nunca a hablarme de esta manera. ¿Conque pensamos de modo diferente? Entonces vaya a Hollywood. Tiene plenos poderes desde ahora para resolver el asunto como quiera. Si por desdicha fracasa, no se moleste en volver.

—Iré a Hollywood—repuso Dodd con un tono de decisión irrevocable.

* * *

Tres días después, un periodista de Hollywood hablaba a sus lectores a través del micrófono que le había cedido una emisora de radio. He aquí lo que decía:

"Grandes noticias, señores. Hoy llega el señor Dodd, mago de las finanzas neyorquinas, para remediar el estado de los Estudios Colossal. No obstante, esto es lo menos interesante. Los Estudios no están mal de salud, sino a punto de morir por envenenamiento lento. Se sospecha que existe una intriga dirigida por alguien que permanece en la sombra y a quien ayudan una rubia europea llena de atractivos y un director con acento extranjero. Al menos, eso se rumorea aquí..."

El periodista no mentía, al contrario, estaba excelentemente informado, puesto que existían, en realidad, la rubia, el director de marras y la persona interesada en hundir los estudios Colossal. Los tres habían estado escuchando las palabras del periodista y Koslofsky, el "mago" que había descubierto el secreto de fingirse director cinematográfico y había tenido la suerte de encontrar quien se lo creyera, comentó en voz alta, apostrofando al audaz periodista:

—¡Habrás visto!... ¡Imbécil!

Nassau se llamaba el personaje a quien el periodista había calificado de "alguien que trabajaba en la sombra". Era un hombre de negocios sucios, jugador de ventaja y aventurero. Para el buen desarrollo de sus planes le convenía hundir los Estudios Colossal y se había aplicado a la tarea con tanto ahínco, que casi podría afirmarse que estaba a punto de cantar victoria.

—No me gusta, es demasiado— dijo cerrando la radio.

Potts, su hombre de confianza, se apresuró a tranquilizarle.

—No hay que preocuparse demasiado. Deja de mi cuenta al señor Dodd. ¿Sabes lo que voy a hacer? Actuaré tan rápido que no tendrá tiempo de ver los libros. Durante el día le haré dar vueltas por los Es-

tudios y, por la noche, Chery le llevará a que vea las estrellas. Ya sabes que para esas cosas Chery se pinta sola...

—Oye, ¿por qué no hacéis como en "Lo que el viento se llevó", y procuráis que se lo lleve el viento? —propuso el genial Koslofsky.

Nassau, que no se había dignado escucharle, se dirigió a Potts para advertirle:

—Espera un momento. ¿Sabes con quién te las vas a entender? Dodd es el cerebro comercial más brillante que ha dado Wall-Street en los últimos diez años. Pues bien...

Se acordó de pronto que tenía algo muy importante que hacer. Escuchar de nuevo la radio, pero no para enterarse de que Dodd llegaba a Hollywood para darle la lata, sino para conocer las incidencias de la carrera de caballos. Oyó la voz del locutor anunciando:

"La tercera carrera ha comenzado. Van casi pegados a la valla. Señores, ¡qué carrera! "Pequeñita" va en cabeza por medio cuerpo. Se acabó. ¿Van a tener que emplear la cámara fotográfica para saber quién ha ganado? "Pequeñita" primero, "Cartucho" segundo y "Bing" tercero.

Era todo lo que le interesaba sa-

ber por el momento. Cerró la radio y continuó:

—El asunto es éste. Os lo contaré lo más sencillamente que pueda. Tenemos que organizar un plan sin pérdida de tiempo. Presumo que el tal Dodd os ofuscará con su personalidad los primeros días. Tenéis que aturdirle a fuerza de hablar. Según tengo entendido, ese hombre, ni fuma, ni bebe, ni sale de parranda.

—No te preocupes por esto—contestó Potts—. Ya te consta que Chery sabe lo que se hace.

"Chery", por más señas la rubia belidad europea, que hasta aquel momento había permanecido calladita, intervino para decirle a Potts:

—Sería mejor que te callaras.

Nassau se dirigió a ella.

—Recuerda que nuestra suerte está en tus manos. ¿Sabéis lo que este negocio significa para nosotros? Yo tendré mi parte el día que lo efectuemos, y tú tendrás la tuya y un contrato de cinco años en los Estudios, con las nuevas Compañías. No está mal para empezar. Lo hemos esperado durante años.

—Y lo va a conseguir, estoy seguro—profetizó Koslowski estirándose perezosamente en el sofá.

Thelma Chery se volvió hacia él y le dijo fríamente:

—Nadie ha pedido tu opinión.

Entró una empleada para anunciar que el señor Douglas Quintain preguntaba por el señor Nassau. Este contestó:

—Dígale que he salido.

—Sabe que la señorita Chery y el señor Koslowski están aquí—aclaró la joven.

Nassau hizo un gesto resignado y dijo a la empleada que dejase pasar al visitante. Antes de que éste entrara advirtió a sus compañeros:

—Escuchadme. Quintain sabe más de negocios cinematográficos que nosotros. Si hemos podido engañar a los de Nueva York hasta ahora, ha sido porque no hacemos cine, sino bandidaje.

Calló, porque Quintain acababa de entrar en el salón. Era un hombre relativamente joven, no muy alto, moreno, de facciones vivas y agradables. Había algo sumamente atrayente en él, algo que no residía tal vez en el físico, sino en la mirada de sus ojos oscuros y profundos y en el rictus un poco amargo de su boca. No era, desde luego, un hombre vulgar, sino de una personalidad muy acusada. Al traspasar el umbral del salón oyó a Nassau que le saludaba con una cordialidad tan perfectamente fingida que habría engañado a todo el mundo menos a él.

—¡Hola, genio de la cinematografía! Encantados de verte.

—¡Embustero! —repuso Quintain. Y al ver una mesilla llena de golosinas y licores, comentó: ¡Qué buena vida os dais!

—¿Pasa algo? —inquirió la estrella.

—Creo que sí. Tienes que terminar la película, ¿o es que se te ha olvidado?—inquirió dirigiéndose a Koslofski.

—No puedo rodar sin Thelma.

—No te salgas por la tangente. Desde el principio, esta película huele a chamusquina. El primer conflicto surgió con los guionistas. Después con la cámara. Rodaste cinco semanas con Billy, que es uno de los mejores que se conocen y porque no pudo eliminar los defectos de la "juventud" de Chery prescindimos de él y comenzasteis de nuevo con un novato.

—¡Oh, Don! Tú ya sabes que...—insinuó Chery.

—Sí, que echaste a perder un millón de dólares al empezar la película. Naturalmente que Nueva York acabará por saber lo que ocurre. Pero, enteraos, yo no voy a cargar con este paquete para que vosotros...

Nassau no le dejó terminar.

—No sé por qué hablas así. Al fin y al cabo eres el productor. El

no es sino el director y ella es una...

Douglas Quintain se volvió furioso contra el que así le había interrumpido. Conocía muy bien a Nassau. ¡Demasiado bien! Sabía que era un hombre sin escrúpulos, y ahora este hombre se atrevía a echarle en cara...

—¿Qué tienes que ver con todo esto?—gritó—. ¿O me equivoco? Oye, granuja, como me entere de que estás sacando tajada, vas a ver.

Por lo visto el joven e impulsivo productor no tenía pelos en la lengua. Nassau habría debido enojarse, pero no fué así. Se limitó a encogerse de hombros y a invitarle a que tomara un trago.

Chery, para justificar el hecho de que estuviera allí hablando tranquilamente, en lugar de filmar, dió una excusa inocente:

—No esperarás que represente una escena de amor que no siento...

—¿Una escena de amor que no sientes? ¿No sabea, Julieta sin Romeo, que para eso se debe tener algo especial? Hazme caso, Thelma. ¿Por qué no dejas este oficio? Tu arte no va a dar un céntimo. Termina la película y presenta la dimisión.

Quintain había ido allí dispuesto a decir unas cuantas verdades. Primero le había tocado el turno a

Nassau, luego a Thelma Chery, y ahora se volvió hacia Koslofski para decirle con tono de reproche:

—Tú dirigiste una vez una buena película. ¿Por qué no nos pruebas que no fué pura casualidad?

Koslofski, que seguía estirado en el sofá, contemplando el techo del salón, hizo una mueca de disgusto. A los genios como él no debía írselos con discusiones. Y, sin duda para demostrarlo, contestó:

—No discuto con tipos como tú.

—Conque no, ¿eh? Está bien. Levántate y rueda la escena de amor. Luego tirad la película, pero terminadla, ya lo sabéis.

Los ojos bellísimos de Thelma Chery brillaron de furor mal contenido. Se revolvió airada contra Donald.

—Mi contrato me da derecho a supervisar el reparto, la dirección y el montaje—recalcó.

—¿Te atreves a hablarme de tu contrato? ¡A mí que fuí el idiota que te lo consiguió! Todo el mundo en Hollywood sabe que lo hice por la mujer de la que estaba... y de la que todavía estoy enamorado...

Había una honda sinceridad en sus palabras. Y también una profunda amargura. Era cierto. Donald Quintain estaba apasionadamente enamorado de Thelma Chery, pero su pasión no le cegaba hasta el

punto de no ver las cosas como eran. Chery, como actriz, era detestable. Sin embargo, había sido tan estúpido de creer que podría llegar a hacer de ella una artista.

—Don, por favor, no empieces otra vez—suplicó ella—. En cuanto bebas una copa te pones imposible.

—¿Y qué?

—No olvides que más de uno ha caído en una encerrona a causa de una botella de ginebra.

Don, que, en efecto, había bebido un poco más de la cuenta, aunque no lo dejara traslucir demasiado, soltó una carcajada. Chery adoptó un aire de víctima y contestó:

—Está bien, arruina tu vida y la mía, si quieres. Pero esta vez te arreglarás tú solo.

Koslofski se dignó ponerse en pie. Dada su inveterada pereza, aquel acto tenía una importancia extraordinaria. Lo que se disponía a decir bien merecía un sacrificio.

—¡Una escena doméstica encantadora!—comentó irónicamente—. Señor Quintain, le suplico que tenga la amabilidad de no hacer el amor a mi prometida... en mi presencia.

El productor no hizo el menor caso de lo que acababa de decirle Koslofski. Sabía que el director era tan poco temible como hombre, que bastaba un empujón sabiamente ad-

ministrado para hacerle caer. Le miró con infinito desprecio, y se limitó a contestarle:

—Escucha, gusano. Yo hacía el amor a tu prometida antes de que se levantara la piedra que te cubría y de que comenzaras a arrastrarte.

Se volvió hacia un personaje, el único que a su juicio valía un poco la pena entre todos los que había allí. Era... un perro, su perro, su querido Mac, su mejor y casi podría decirse su único amigo. Iba con él a todas partes y, desde luego, Mac sabía mucho más de cinematografía que Koslofski y Thelma Chery, a los que el productor había querido proteger y que ahora se volvían contra él.

—¡Vamos, Mac—le dijo—, vamos a respirar otros aires!

Y se fué. Nassau, Thelma y Koslofski siguieron en sus puestos, discutiendo el sistema más fácil y más rápido para hundir definitivamente los Estudios Colossal, poniendo a los dueños de los mismos en el trance de venderlos.

* * *

Atterbury Dodd llegó a Hollywood, se metió en un taxi y dió las señas del hotel que le habían recomendado. A través de los cristales de sus lentes y del cristal de la

ventanilla se dedicó a contemplar la metrópoli del cine. Vió carteles inmensos anunciando la entrada de grandes Estudios, edificios cinematográficos de dimensiones colosales, mucha gente en la calle, mucho tráfico. Vió también que lucía un sol espléndido y notó que hacía mucho calor. De pronto vió venir hacia el taxi a una mujer que gritaba:

—¡Mickey! ¡Oh, Mickey! ¡Eres mi bote salvavidas! ¡Llévame a casa! Llévame antes de que me desmaye.

El coche se había detenido. Atterbury Dodd dedujo que el tal Mickey era el conductor del taxi, ya que a él se dirigía abiertamente la mujer, al mismo tiempo que le decía:

—¡Oh, Mickey, me están matando, destrozando!

Abrió la portezuela y se metió en el taxi. Al ver que estaba ocupado se excusó:

—No le importa, ¿verdad? Le viene de paso. Estoy tan cansada...

—Siga, por favor—ordenó Dodd dirigiéndose al cochero.

—No tiene por qué aguantarla si no quiere, señor—advirtió el chofer.

—Le he dicho que siga—repitió Atterbury Dodd.

—¡No sabe cuánto se lo agradeceré!—dijo entonces la mujer.

Era joven, rubia y bellísima. Pero como Atterbury era tan distraído, amén de tan corto de vista, no reparó en ello. Después de unos instantes de silencio que la joven empleó en examinar discretamente al legítimo ocupante del taxi, preguntó:

—¿Viene o se va?

—Soy recién llegado — explicó Dodd—. ¿Ea usted actriz?

—No, sólo soy el "doble" de Thelma Chery.

—Perdone tanta pregunta. ¿Le molestaría decirme quién es Thelma Chery y qué es su doble?

—Si me pregunta todo eso en un circo me hago rica en una semana — contestó la joven riendo—. Pero usted sabrá lo que es una estrella, ¿no?

—Lo sé vagamente.

—Debe saber algo más. Bien, Thelma Chery es una estrella y como en sí es blanducha como una oblea, no puede fatigarse demasiado ni debe sudar la gota gorda mientras trabaja. La doble es quien suda por ella.

—Lo siento, pero no tengo la más ligera idea de lo que está hablando.

—Verá usted. No se le pide a una estrella que aguante el calor de los focos mientras se emplazan las cámaras y los micrófonos.

—Comprendo...

—Se le busca una del montón, que se pone en su lugar hasta que termina el ensayo.

Todo aquello era nuevo para Atterbury Dodd. Abrió mucho los ojos y comentó ingenuamente:

—¡Ah!, ¿sí?

—Después, cuando ya está todo listo, la estrella viene muy descansada y pone sus delicados pies en el plató. Entonces su doble desaparece y el rodaje continúa como de costumbre.

—¡Ah! Ya entiendo...

—Y, a propósito, ¿quién es usted?

—Me llamo Dodd. Atterbury Dodd.

—Yo soy Lester Peggy. ¿Cómo está?

—Bien, gracias, ¿y usted?

—¿Trabaja en cosas de cine?

—En realidad soy también otra especie de doble, pero hancario. Voy a dirigir temporalmente los Estudios Colossal.

—Pues, señor, con un conocimiento tan ligero de los negocios de cine, va a armar un escándalo. Esto me está animando a continuar. La vida sólo me reserva una sorpresa.

—¿De veras? ¿Se puede saber cuál es?

—Sí, la de que hagan a Shirley Temple Presidenta de su Banco.

La ocurrencia debió parecerle muy graciosa a Dodd, porque soltó la carcajada. De nuevo Lester se le quedó mirando, a través de sus pestañas, asombrosamente largas, y continuó habiéndole:

—Conque usted es el nuevo jefe, ¿eh? Y dígame, ¿es enérgico o... un bocazas?

—¿Cómo dice usted? — inquirió Dodd un tanto amoscado.

—Llamamos bocazas a los tíos que llegan a Hollywood y hablan mucho, pero no hacen nada. Los enérgicos son los que trabajan, los que contratan y despiden a todo el mundo.

—Mi querida señorita — dijo Dodd poniéndose serio—. Soy hombre de negocios. Naturalmente, el cine posee características peculiares. Mi plan es conocerlas cuanto antes.

Lester hizo un gesto de inteligencia, como diciendo: "Ya entiendo." Luego comentó:

—¡Ah! Es usted un sabueso. Previo grandes desgracias.

—No me sobresalte, señorita Peggy — contestó el presunto sabueso—. No es mi intención llegar a nada definitivo. Y antes de tomar ninguna resolución, quiero estar debidamente informado.

—¡Claro! La mayoría de los sabuesos consiguen sus informes por medio de los soplones.

—¿Dice usted de los soplones?

La conversación estaba adquiriendo un cariz interesantísimo. Desgraciadamente para Dodd, el coche de Mickey se detuvo frente a la casa que habitaba la joven y pizpireta Lester. Esta bajó con presteza, y por vía de despedida dijo al grave y cejijunto matemático:

—Es un borreguito, amigo mío. Le llevarán al matadero si se deja. ¡Adiós!

Sólo cuando el auto hubo proseguido su ruta se dió cuenta Lester de que había olvidado en el interior del mismo uno de sus zapatitos, que se había quitado al entrar en él, fatigada por las horas pasadas de pie en el Estudio, como doble de Thelma Chery. Gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Eh, no se vaya! ¡Espere un poco!

Pero ya el auto había doblado la esquina. Lester, resignada, entró, cojeando, en la pensión donde se hospedaba.

* * *

Cuando Dodd llegó al hotel, el manager le estaba esperando. Por

lo visto se le consideraba un personaje importante. ¡Y él que había ido allí con la esperanza de pasar poco menos que inadvertido y poder así actuar convenientemente! Apenas Dodd empezó a hablar, el manager le detuvo, diciéndole:

—Le hemos reservado una "suite" magnífica. Estamos orgullosos de ella. Dos dormitorios y un salón. Estilo decadente francés de guerra, el uno, y estilo decadente de post-guerra, el otro.

Dodd se preguntó si se hallaba en la metrópoli del cine o en un manicomio. Dedujo luego que las dos cosas debían parecerse, y, como buen matemático, preguntó:

—Dígame: ¿cuánto me va a costar toda esa... decadencia?

—Cien dólares diarios—repuso el manager impasible—, pero no se preocupe. Pasan la cuenta a los Estudios.

Hollywood le tenía reservadas muchas sorpresas al ilustre matemático. La primera había sido los estilos decadentes, la segunda se la tenía preparada Potts, el hombre de confianza de Nassau, que había acudido al hotel, y avanzaba ahora hacia Atterbury con la sonrisa en los labios y los brazos abiertos, como si se tratase de un amigo de la época infantil.

—¡Oh, mi querido Atterbury,

siento no haber ido a la estación! Mira lo que dicen de ti los periódicos. Publicarán más retratos tuyos que de Greta Garbo. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué lindas habitaciones te tienen preparadas, granuja!

Atterbury se hizo unas cuantas preguntas a las cuales no supo qué contestar. Primero, por qué aquel individuo le tuteaba, segundo, por qué le hablaba en aquel tono de confianza, cuando no lo había visto en su vida, y tercero, por qué iba acompañado de dos chicas a las que sin duda había llevado allí con el avieso propósito de presentárselas. Se entretuvo en mirarlas un instante por encima de los lentes, y aunque pudo comprobar que no estaban mal, no por eso rectificó su deseo de perderlas de vista. Pero Potts, ignorante de todas aquellas reacciones de indignación que su actitud estaba provocando en el ánimo del recién llegado, continuó su discurso:

—Daos prisa—dijo dirigiéndose a uno de los criados del hotel—. Traed algo de beber, tengo el garnate seco. ¡Ah! Cargadlo en la cuenta de los Estudios. ¡Ja, ja, ja! ¿Cómo encuentras los negocios de cine? Mira, Dudgy... ¿Permites que te llame así? Mira, estas chicas tienen toneladas de horas que dedí-

Se volvió a las muchachas y las presentó.

—El señor Dodd, Atterbury Dodd.

—¿Cómo está usted?—inquirieron las muchachas al unísono, obsecuando al matemático con una sonrisa idéntica.

—Hoy nos divertiremos de lo lindo—aseguró Potts convencidísimo—. Luego no sabrás acostumbrarte a Nueva York.

Dodd, que se había limitado a observar y a callar, decidió por fin romper aquel silencio. Puesto que estaba hablando con "alguien" era justo que supiera cómo se llamaba.

—¿Quieres decirme tu nombre?—inquirió aceptando el tuteo y adoptándolo.

—Potts. Me llamo Potts. Te he preparado un plan cañón. ¡Ja, ja, ja! Oye, mira, Dudgy. He aquí el menú para esta noche. Primero iremos al Trocadero, llenarás tu libro de autógrafos en un segundo.

Súbitamente hastiado de tanta estupidez, Dodd decidió ponerse serio. Cuando hacía esto, llegaba incluso a parecer temible. Adoptó un aire despreciativo y...

—Señor Potts—dijo fríamente—. Agradesco mucho a sus amigas que hayan roto sus compromisos en mi honor, pero vengo en viaje de negocios.

Iba a retirarse, cuando apareció un nuevo personaje. Una señora joven, alta, fea, delgada y cursi. Llevaba de la mano a una niña de unos cinco años, menudita, gordita, monísima, pero con un aire de "niña prodigio" inconfundible e insoponible. La mujer fea y cursi se acercó al infeliz Dodd, que desde que había puesto el pie en el andén de la estación iba de sorpresa en sorpresa, y le espetó un discurso:

—¿Es usted el señor Dodd? He sabido que viene a dirigir los Estudios Colossal y no he vacilado un momento en venir a hablar con usted. Llevo aquí seis meses y todavía no he conseguido entrar en ningún Estudio.

Se volvió hacia la nena y le dijo: —María, éste es el señor Dodd, el que puede contratarte.

De nuevo volvió a dirigirse a Dodd.

—No hay otra niña en Hollywood que sepa hacer las cosas que hace mi María. Permítame que se lo haga ver... Es un caso extraordinario.

A requerimientos de la mamá, la niña, dando muestras de gran desparpajo, se colocó en el centro del salón y entonó una cancioncilla ramplona, acompañándola de gestos y actitudes que en una persona mayor habrían resultado ridículos, pero que en ella, por razón de sus

pocos años y de su gentileza infantil, resultaban graciosos. Dodd, que en su vida había visto a ninguna niña prodigio ni en el cine ni fuera de él, la miraba con una expresión de asombro y miedo, como si estuviera contemplando un fenómeno. Cuando la niña hubo terminado, haciendo una graciosa reverencia al "señor que podía contratarla", la mamá exclamó gozosa:

—¿Verdad que es una maravilla? Ahora, har el número de Mae West, anda.

Pero Dodd no estaba en disposición de presenciar ni un número más. Sentía una náusea extraña, como si estuviera en alta mar. Se levantó, y encarándose con la mamá de la criatura, le dijo casi gritando:

—¿No cree usted que ya ha trabajado bastante esa niña?

—Usted tiene la palabra, señor Dodd—repuso la mamá hecha un puro arroyo—. Dígame con sinceridad, ¿qué le parece a usted?

Si Dodd hubiese tenido que ser sincero le habría contestado a la mamá de la niña prodigio que aquel espectáculo le había parecido lamentable, pero su buena educación le impidió ir tan lejos. Se limitó a contestarle:

—Con sinceridad, señora. Creo que esta criatura debería estar ahora tomando el sol y jugando con

sus muñecas en lugar de estar exhibiéndose. No me extraña que no consigan trabajo en ningún Estudio. ¿Se da cuenta de lo que hace? Está destrozando la niñez de su hija. Tenga la bondad de marcharse... ¿o prefiere que mande llamar a las autoridades locales?

La mamá no se hizo repetir la orden. Cogió a la niña de la mano, y salió de allí más muerta que viva. Potta soltó una carcajada estentórea, y exclamó:

—¡Sabio como Salomón! —Y asombrado de sus propias palabras, comentó: — ¡Caracoles! Me estoy volviendo erudito...

Dodd le miró a través de los lentes. Era la suya una mirada inexpressiva, pero en esto residía su mejor ventaja. Nadie podía adivinar en sus ojos lo que estaba pasando por su interior. No podía decirse de él que "los ojos eran el espejo del alma", a no ser que su alma fuera tan azul y tan ingenua como sus pupilas...

—Les ruego que me perdonen, pero no me encuentro bien —dijo fríamente.

—Eso se te pasa saliendo con nosotros—propuso Potta, que había cobrado una buena cantidad para conseguir llevar de juerga a Dodd aquella misma noche.

Por toda respuesta Dodd se en-

caminó hacia la puerta. Y antes de que Potts hubiera tenido tiempo de percatarse de sus intenciones y detenerle, ya había salido a la calle y se había metido en un taxi.

* * *

Cinco minutos después llamaba a la puerta de la pensión de Lester. Llevaba en su mano el zapatito que ésta había dejado olvidado en el taxi y que él se había apresurado a recoger. Salíó a abrirle un hombre alto, vestido de una manera extraña, tocado con un sombrero de copa adornado con una barba negra como ala de cuervo. Aquel hombre se parecía al difunto y eminente Abraham Lincoln como una gota de agua a otro gota de agua. Dodd, que ya había empezado a no asombrarse de nada, lo saludó amablemente:

—¿Cómo está usted?

—Muy bien, ¿y usted, señor?— contestó no menos amablemente el extraño personaje.

—¿Podría hablar con la señorita Lester Peggy?

—Pase, hijo mío, voy a avisarla.

—Gracias.

Dodd entró, y el hombre que lo había abierto la puerta, siguió estremando sus cortesías con él. Le ofreció un sillón, que el visitante

aceptó confundido por tanta amabilidad. Una mujer estaba hablando por teléfono allí mismo. A oídos de Dodd llegaron unas palabras que sin duda alguna se relacionaban con el cinema. Todo se relacionaba con el cinema en aquel lugar. Lester Peggy, la mamá de la niña prodigio y su retoño, el hombre del sombrero de copa...

—¿De manera que han elegido a otra?—decía la mujer con tono compungido—. "El nacimiento de una nación"... Pero si hice esta misma película en los días del cine mudo. Tiene que haber algún papelito...

El hombre preguntó a la mujer, en cuanto ésta hubo colgado el auricular:

—¿Qué noticias hay del campo de batalla, Annie?

La mujer hizo un gesto triste, de vencida.

—Me han ofrecido trabajo de extra.

—No lo aceptes, Annie. Resiste, aunque dure el ataque todo el verano. Es lo que hago yo. Aguardo a que anuncien la repetición de toma de la Batalla de Atlante. Tendrán que llamarme y ya tengo el discurso bien preparado.

Atterbury Dodd dedujo por las palabras de la pareja que se trataba de dos artistas sin contrata. La mujer, al borde de la vejez, debió

haber representado en su primera juventud papeles de estrella y ahora véase reducida, como tantas otras, a esperar, esperar un contrato que nunca llegaba. El hombre debió haber interpretado en alguna película el papel de Abraham Lincoln, metiéndose tanto en la piel del personaje que ahora éste se resistía a abandonarlo. A través de los cristales de sus lentes Dodd contempló compadecido a aquel par de seres para quienes el haber actuado en el cine constituía ahora una tragedia. Se agarraban a la metrópoli del cinema como el naufrago a una tabla de salvación. Habían respirado el ambiente de los Estudios, habían gustado, aunque fuera fugazmente, la miel del éxito, y ahora no se resignaban a su decadencia.

De pronto, "Abraham Lincoln", empezó a recitar el discurso que según él tenía bien preparado para el día en que se vieran obligados a llamarle desde el Estudio:

"Hace ochenta y siete años nuestros padres hicieron surgir sobre este continente una nación nueva, creada por la libertad y consagrada a la...—su memoria falló repentinamente, haciéndole tartamudear, pero al fin consiguió recordar, y siguió impertérrito su discurso—: a la... a demostrar que todos los hom-

bres han nacido iguales. Y ahora nos vemos sumergidos en una gran guerra...

—Una gran guerra civil—apuntó Dodd.

El discurso del ex actor había terminado. Se volvió tristemente hacia Dodd para contarle sus culpas, que eran idénticas a las de tantos otros pobres comparsas.

—Durante siete años he esperado un papel así. Griffith se lo dió a Walter Huston, y ahora seguramente se lo darán a Tyrone Power... ¡Qué injusticia!

Lester Peggy acababa de aparecer. Estaba bonita como un sol, pero la miopía de Dodd le impidió comprobar aquel detalle. La joven corrió hacia él saludándole graciosamente:

—¡Hola, borreguito!

Dodd se inclinó profundamente.

—Señorita, se dejó usted esto en el coche—dijo mostrando el zapato.

—Gracias. Hubiera pasado por el hotel a recogerlo.

—No me hubiera encontrado allí.

Lester le miró con asombro. ¿Qué significaba aquello? Pronto salió de dudas, ya que Dodd había llegado hasta allí con el ánimo propicio a la confidencia.

—Señorita Peggy, dígame, ¿no hay aquí un sitio donde un hombre

pueda vivir sin estar constantemente atormentado por gente que quiere pensarlo todo por él?

—No lo hay cuando se es demasiado importante. Así son los negocios del cine—explicó Lester.

En aquel momento entró un joven a quien Lester saludó cariñosamente, levantándose y yendo a su encuentro.

—¡Tommy! ¿Qué tal te ha ido?

El interrogado hizo un gesto triste.

—No he conseguido nada. Y eso que hice una prueba bien dura. Te la enseñaré.

Subió la escalera del hall, hasta la altura de un segundo piso. Una vez allí, explicó a Lester y Dodd, que habían levantado la cabeza y le miraban atentamente:

—Fíjate. Figuraba que Black y yo tirábamos al florete en lo alto de una escalera. El me atraviesa...

Fingió manejar una espada, y luego se llevó la mano al corazón, como si hubiese recibido una herida. No fué esto sólo, sino que, apoyándose en la barandilla, de espaldas, fingió perder el equilibrio y se dejó caer como un pelele. Dodd ahogó un grito de horror, cerró los ojos un momento para no ver el cuerpo del pobre comparsa destrozado sobre los escalones, y cuando volvió a abrirlos, ya Tommy se es-

taba levantando y decía tranquilamente a Peggy:

—¡Y querían obligarme a hacer todo esto por siete dólares y medio! ¡Imagínate!

—¡Qué frescura!—comentó Peggy indignadísima—. Este trabajo vale por lo menos quince dólares.

Dodd, que en su fuero interno opinaba que aquel trabajo valía una fortuna, mejor dicho, no tenía precio, puesto que al hacerlo uno se jugaba la integridad de su espina dorsal, objetó tímidamente:

—Pues ahora lo ha hecho por nada.

—Es que también tengo mi orgullo, caballero —repuso Tommy—. Además, en las películas todo es así. Me parece que tendré que cambiar de aires. Debo demasiado dinero a la patrona. Si hubiera estado seguro de romperme por lo menos un par de costillas, lo hubiera hecho. Diez y ocho dólares a la semana y los gastos de hospital pagados, no es ninguna tontería. Pero siempre tengo la mala pata de no hacerme daño.

No dijo más. Era suficiente. Con aquellas palabras llenas de un contenido amargo, acababa de revelar la tragedia oculta de tantos y tantos extras de cine. Dodd debió comprenderlo así, y una sonrisa de comprensión asomó a sus labios. El am-

biente de Hollywood empezaba a resultarle desagradable.

—Bien, señorita Peggy, adiós— dijo, comprendiendo que ya nada tenía que hacer allí y temiendo molestar a la joven—. Siento haberla entretenido.

Por toda respuesta Peggy le retuvo por el brazo. Dodd la miró asombrado, y entonces la joven explicó:

—Espere. Si no le importa compartir la bañera con una foca amaestrada, creo que tenemos sitio aquí.

—¿Aquí?

—Sí. Es el último lugar del mundo donde podrían encontrarlo. Si quiere llevar a buen fin sus asuntos de "métomentodo", la gente que vive aquí podrá asesorarle. Están todos muy desalentados, pero la única diferencia que existe entre ellos y la estrella de fama, es que ella tiene trabajo ahora.

—Señorita Peggy, enviaré por mis cosas — repuso Dodd dispuesto a quedarse allí desde aquel momento. Le aterraba la idea de volver al hotel y verse obligado a ocupar una *suite* de dos estilos decadentes. Era demasiado—. En cuanto a esa foca amaestrada, estoy seguro de que será la mitad fastidiosa que un tal señor Potts.

Un momento después, Lester le

mostraba al matemático la habitación que debería ocupar. Era grande, ventilada, extremadamente limpia y bastante bien amueblada. Dodd se mostró encantado.

—Precisamente lo que necesito— exclamó.

—¿No le deprimirán las desilusiones de la gran ciudad de la ilusión?—preguntó Lester.

—Parece que a usted no le han desanimado gran cosa — comentó Dodd.

—¿A mí? Sé de sobra lo que se tiene que hacer en Hollywood. Venga y se lo demostraré. Olvidé decirle que somos vecinos. ¿No le molesta?

Dodd hizo un gesto expresivo como diciendo: "¿Cómo puede usted imaginar tal cosa?", y siguió a Lester, que le condujo a la habitación contigua. Se sentaron sobre el lecho de la actriz, y Lester le mostró una fotografía de cuando era una chiquilla. Dodd comprobó que se parecía extraordinariamente a la niña prodigio que hablan pretendido endosarle un rato antes, pero se abstuvo de decirselo.

—Así es la fama, señor Dodd. Cuando me hicieron esta foto ganaba cuatro mil dólares semanales —explicó Lester.

—¿Cuatro mil semanales? — in-

quisió Dodd sin acabar de creer lo que estaba oyendo.

—Contantes y sonantes. Yo fui la Shirley Temple de mi época.

—He oído ese nombre varias veces, señorita, pero ¿quién es Shirley Temple?—inquirió Dodd, que iba al cine una vez al año.

Lester se encogió de hombros.

—No le importe—contestó.

—Sí, no tiene importancia—aceptó Dodd convencidísimo, aunque seguía sin saber quién era Shirley Temple y habría descado salir de dudas de una vez para siempre—. Dígame, señorita, ¿cuál es su empleo en la actualidad?

—Creo habérselo dicho antes en el taxi. Si se refiere a mi salario, le diré que gano cuarenta dólares semanales... cuando trabajo.

—Lo considero insuficiente—repuso Dodd después de barajar unos cuantos números en la cabeza.

—¿Me lo dice usted a mí!—exclamó Lester.

—Me refiero a la relación que hay entre cuatro y cuarenta—explicó Atterbury ya en plan de matemático—. Si se hiciera un inventario demostraría que poseo ahora el mismo activo que cuando era niña. Su cerebro ha madurado, en cuanto a promedio, si me permite la expresión...

—Se la permito...

—¡No me interrumpa, señorita Peggy! — exclamó Dodd algo molesto.

—Está bien, continúe.

—Físicamente es usted más fuerte. Potencialmente... Si entonces se cotizaba a cuatro mil, ahora debería valer ocho mil, por lo menos. Cuestión de matemáticas. Debe haber algún elemento...

Lester, que le había estado escuchando con un aire burlón, difícilmente disimulado, volvió a interrumpirle para exclamar:

—Sí, claro que hay elementos. Diga, ¿le gusta el chocolate?

La relación que pudiera tener el chocolate con los elementos a que quería referirse el matemático, era cosa que éste no podía comprender. Creyendo haber oído mal, o temiendo que la joven se estuviera burlando de él, preguntó con cierto recelo:

—¿El chocolate? Señorita, sí... sí, me gusta, pero...

—Me alegro—repuso Lester impasible—. Y puede que le guste también la vainilla, ¿no?

—¿La vainilla?

Lester se levantó, y sin esperar a que Dodd le aclarase si la vainilla era o no de su agrado, le ordenó:

—¡Mire!

Y sin encomendarse a nadie, em-

pezó a cantar una cancioncilla, acompañándose con los mismos gestos y actitudes con que un rato antes le había obsequiado la niña cuya mamá le buscaba un contrato. Dodd se quitó los lentes, volvió a ponérselos, después de haberse restregado los ojos, y pudo comprobar que no estaba en un error. Frente a él, Lester Peggy, aflautando la voz para imitar la de una niña de cinco o seis años, estaba haciendo una exhibición que si en una chilquilla era tolerable, en ella resultaba horrible. Cuando hubo terminado, Lester le preguntó:

—¿Le gusta?

—Resulta espantosa, señorita — confesó Dodd con toda sinceridad.

Lester hizo un gesto de asentimiento.

—Lo sé, pero es lo que anunciaba cuando era pequeña. Entonces resultaba gracioso, pero ahora... Lo malo de esto, borreguito, es que ya no puedo anunciarlo, y a la gente le sigue gustando la vainilla. Entonces, cantando esta cancioncilla, y ponderando las excelencias del chocolate con vainilla, obtuve el contrato para el cine.

—Es cierto — comentó amargamente Dodd.

—No crea que me quejo por haberme hecho mayorcita—siguió diciendo Lester—. Aún me queda el

recurso de intentar triunfar en sociedad...

Se le quedó mirando con sus grandes ojos azules y hermosísimos, sin que aquella mirada alterara el sistema cardíaco de Atterbury Dodd. De pronto, ella le hizo una pregunta:

—Oiga, ¿necesita una secretaria?

Y como él hiciera un gesto que equivalía a una afirmación, se dió una palmada en la frente:

—¡Ya está! Venga y mire.

Le mostró un diploma colocado en un marco.

—Le presento mis credenciales. Léalo y hágase una idea. Máximas calificaciones en todas las asignaturas. No todas consiguen este honor.

—Me temo que conozca hasta el latín—contestó Dodd bromeando—. He tenido siempre secretarías que hablaran poco y se encargaran del correo.

—Intentaré controlar mi voz y mis emociones—prometió Lester.

En aquel instante se abrió la puerta y apareció en el umbral la dueña de la pensión. Era una mujer joven y no mal parecida, pero no iba aseada en exceso. Cuadróse ante Peggy y le preguntó:

—¿No conoce el reglamento de la casa?

Sí, Lester lo conocía. Consistía en dejar la puerta de la habitación

entreabierta, colocando un ladrillo para que no se cerrase, siempre que un huésped masculino entraba en la habitación de un huésped perteneciente al sexo contrario. Así la patrona podía preciarse de mantener una moral intachable.

—¡Oh, iba a llamarla a usted!— repuso Lester—. Estaba enseñándole al señor la habitación que está por alquilar.

Aquella noticia ahuyentó el enojo del rostro de la patrona.

—El precio son ocho dólares— indicó—. No permito guisar en las habitaciones ni que hagan ruido, y espero que mis huéspedes se comporten como gente educada. ¡Ah, otra cosa! Nada de animales domésticos.

En aquel momento, del cuarto de baño situado frente a la habitación del presunto huésped, salió una foca, una foca muy pizpireta, que se apresuró a inclinar la cabeza ante Dodd y seguir su camino pasillo adelante. La patrona explicó al matemático:

—“Nariz de Plata” pertenece a mi marido y es la única foca amaestrada que trabaja en el cine. Tiene más cartas de admiradores que Clark Gable.

Dodd, que ignoraba todo lo que a cine se refería, inquirió:

—¿Que quién?

Lester intervino para excusar la ignorancia del huésped. Habló a éste en voz baja, y luego, dirigiéndose a la patrona, explicó:

—Le conté al señor Atterbury lo que pasa con “Nariz de Plata”.

—Sí, y estoy seguro de que nos acostumbraremos el uno al otro— prometió Dodd.

Y así fué como Atterbury Dodd, renunciando a los estilos decadentes, fué a vivir a aquella pensión en la que tenía la esperanza de permanecer completamente ignorado.

* * *

Aquella misma tarde, Atterbury se dispuso a visitar los Estudios Colossal, y como nadie se había tomado la molestia de advertirle, pretendió hacerlo por la primera puerta que halló a mano. Un portero apostado a la entrada le detuvo preguntándole si llevaba pase. Dodd le dijo que no lo tenía, y el portero le contestó muy finamente:

—Entonces, ni que fuese el mismo Presidente de la Nación podría cruzar esta entrada.

—Ya veo — repuso Dodd muy convencido—. Y dígame, ¿es éste el procedimiento usual?

—No, el procedimiento usual es otro.

Y cogiéndole elegantemente por

el brazo le hizo retroceder cuatro o cinco pasos. Dodd, que, a veces, poseía el instinto de la ironía, comentó en voz alta:

—Es un placer ver a un hombre tan leal en puesto de tanta confianza.

Y se fué a buscar otra puerta. Por fin pudo entrar en uno de los departamentos del Estudio. Se dirigió a una telefonista y le preguntó por Quintain.

—¿A quién debo anunciar?—inquirió la empleada.

—A Atterbury Dodd.

—¿Usted es el señor Atterbury Dodd?

—Sí.

—Perdóneme — repuso la joven, sonriendo—. Debí haberle reconocido.

—¿Por qué? Si no me había visto antes...

Un instante después se hallaba junto a Quintain. A pesar de ser corto de vista se dió cuenta inmediatamente de que iba a tratar con un hombre que tal vez sería un enemigo, pero un enemigo leal. El productor le rogó que se sentara, y Dodd se dispuso a hablar sin preámbulos:

—Señor Quintain, antes de que hablemos de negocios, permítame decirle que consideraré una impertinencia pedirme haga la vista gor-

da... También consideraré una impertinencia pedirme que beba, o que vaya de juerga.

Quintain le miró con sus ojos negros y penetrantes. Luego, inquirió friamente:

—¿Puedo preguntar a qué se debe la advertencia?

—Pues verá, un tal señor Potts se encuentra bajo la impresión de que me gusta la vida de crápula. No quiero que usted cometa el mismo error. Ni soy un libertino, ni un asceta. Estoy aquí para alcanzar un solo fin. Averiguar por qué los Estudios Colossal pierden dinero en vez de ganarlo.

—Puede contar con mi completa cooperación, señor Dodd — repuso Quintain después de un corto silencio.

—Gracias, lo esperaba—contestó Dodd tendiéndole la mano, que el productor estrechó afectuosamente. Con aquel gesto sencillo y vulgar sellaron aquellos dos hombres un pacto de amistad.

—Supongo que querrá echar un vistazo a los libros—insinuó Quintain.

—Creo que tratándose de inspeccionar un negocio, o, como en este caso, de procurarme un conocimiento completo del mismo, no sería discreto empezar examinando los libros.

—Señor Dodd, estoy dedicado al negocio de hacer películas desde hace veinte años. Era casi un muchacho cuando empecé. Pues bien, le diré que existen en este negocio varias triquiñuelas que no he conseguido explicarme todavía. Venga. Le voy a dar una idea. Aquí está el edificio administrativo, los departamentos de incendios y policía, la comisaría de los Estudios y la sala de Inspección.

Lo había cogido del brazo y le hacía desfilas por todas las dependencias que iba enumerando. Dodd era todo ojos, y a través de sus lentes se enteraba de todo lo que podía. Como buen matemático había hecho sus cálculos exactos, y se los expuso a su compañero:

—Señor Quintain, entre estas paredes hay tres mil unidades dedicadas a producir cintas cinematográficas.

Quintain le miró extrañado:

—¿Unidades?—dijo al fin.

—Sí, carpinteros, electricistas, actores y todos los engranajes de la máquina cinematográfica.

—Ni son engranajes ni son unidades, señor Dodd—rechazó Quintain—. Son personas, seres humanos.

—Desde el punto de vista de la teneduría de libros prefiero referir-

me a ellos como unidades—insistió el matemático.

En los labios del productor asomó una sonrisa amarga.

—Pues como le venda el establecimiento a Nassau, sus unidades van a quedarse en cero—comentó.

—No comprendo lo que quiere decir.

—Cada vez que un Estudio independiente llega a tener importancia, el granuja de Nassau saca con sus actividades—explicó Quintain después de una corta pausa empleada tal vez en decidir si Dodd merecía o no aquella confidencia.

—¿Qué quiere significar con estas palabras, señor Quintain?—inquirió Dodd mirándolo a través de sus lentes con interés creciente.

—Nassau juega con las Sociedades, y gana su dinero cerrando Estudios en lugar de hacerlo dirigiendo.

—Su información es importantísima.

—Sí, tal vez lo sea. Lo que sí puedo asegurarle es que Nassau hará con nuestros Estudios lo que hizo con los "Excelsior" y los "Nacional", y a los quince minutos los convertirá en un desierto.

Habían llegado a la puerta del "set", o sea, el lugar donde se filma la película. En aquel momento, por algún motivo que Dodd ignoraba,

no les estaba permitida la entrada. Tuvieron que esperar unos instantes, al cabo de los cuales, Quintain hizo observar:

—Ahora ya podemos entrar.

Se estaba filmando una película, la película dirigida por Koslofski, el "genial"—que tenía en su haber una sola película buena y un sin fin de intentonas deplorables—, interpretada por Thelma Chery, la rubia estrella europea y mediocre actriz, impuesta a fuerza de propaganda, y producida por Quintain, conocedor de su profesión y hombre honrado como el que más, pero que había tenido la debilidad de enamorarse de Thelma, y creer por unos instantes en el pretendido genio de Koslofski. ¡Bien caro estaba pagando todo aquello! Dos aventureros sin facultades algunas cinematográficas, se habían confabulado con Nassau para hundir los Estudios Colossal, y al paso que iban, no tardarían en ver sus propósitos convertidos en realidad.

Dodd miró a su alrededor, y sus ojos no pudieron abarcar la complicada red de máquinas, focos, cámaras, escenarios, luces, obreros y artistas, reunidos allí para realizar una película. Se iba a filmar una escena que debía transcurrir en Suiza. Todo era falso y convencio-

nal. Luego, en la pantalla, los incautos espectadores creerían que aquella escena había sido filmada al aire libre, cuando en realidad había tenido lugar dentro del Estudio. El cameraman estaba dando órdenes a gritos, subido en una especie de elevador que subía y bajaba vertiginosamente y que ora estaba a ras de tierra y un minuto más tarde tocando el techo. Todo aquello era absolutamente nuevo para Atterbury Dodd, que miraba asombrado a todos lados.

—¡Eh, muchacho, centra ese foco un poco más!—advirtió el cameraman.

Dodd oyó una voz familiar, la voz de Lester Peggy, que decía:

—Hazlo de prisa, ¿quieres? Me estoy asando.

Se volvió rápidamente y vió a Peggy de pie sobre una rampa cubierta de harina figurando nieve, con unos arbolillos falsos de toda falsedad. Tramoya pura. Hacía allí un calor sofocante, pero la pobre Lester había tenido que endosarse un auténtico traje de esquiadora, pantalones y chaqueta de lana y un gorrito muy gracioso colocado sobre su rubia cabeza. La infeliz debía estar sudando la gota gorda.

Se saludaron con la mano, y de buena gana habría ido Dodd a es-

trechársela, pero comprendió que no era el momento oportuno. El cameraman siguió dando órdenes con voz estentórea:

—Preparad ese pequeño y apagadlo pronto. Ciérralo, chico... Otra vez en posición.

Otra voz familiar vino a sacar a Dodd de su enajenamiento. Esta vez no se trataba de una persona grata. Era nada menos que Potts.

—¡Caramba, Dudy, granuja, me alegro de verte! ¡Ven acá! Quiero hacerte unas fotos. Para publicidad, ¿entiendes? Colócate aquí señalando a las señoras, ¿comprendes?

Lo único que comprendía Dodd era que le habría dado un par de bofetadas con muchísima gana, pero, desgraciadamente, estaba tan fuerte en matemáticas como débil en materia de boxeo, y hubo de renunciar al placer de castigar aquel rostro vulgar y antipático. Se hicieron las fotografías, y Potts, soltando una de sus carcajadas estentóreas, se dignó hacer un magnífico juego de palabras:

—¡Enorme! ¡Enorme! Un banquero encuentra dos estrellas en un banco de hielo. ¿Te das cuenta? Banquero y banco de hielo... ¡Ja, ja, ja!

En aquel momento se oyó una voz que decía:

—¡Preparad la ventisca! ¡Pronto!

Dodd vió que Quintain, Potts y las dos artistas que habían acudido a su lado para sacar la fotografía, se separaban de él bruscamente. Quiso ir detrás de ellos, pero no pudo. Un aparato parecido a un enorme ventilador había empezado a girar vertiginosamente, produciendo una ventisca tan real como el "simún" del desierto. Sólo que en lugar de levantar arena, lo que hizo fué levantar una verdadera nube de nieve artificial.

Aquel truco que luego provocaría en el espectador espasmos de admiración haciéndole creer de buena fe que artistas y operadores había corrido enormes peligros para filmar aquella escena, duró cinco minutos justos. Cuando terminó, Dodd, que había sufrido los efectos de la "ventisca", estaba cubierto de nieve y tan despeinado, que ni un solo pelo había quedado en su lugar. Pero el capítulo de las sorpresas no se había cerrado todavía, y entonces vió aparecer a dos hombres que se echaron sobre él, uno de ellos provisto de un cepillo y el otro de un peine. El primero le cepilló concienzudamente hasta que ni un copo de nieve quedó sobre su traje, y el segundo le peinó con tal arte, que un instante después pa-

recia como si Dodd acabase de salir de la peluquería. La voz que antes había dado la orden de provocar aquel huracán artificial, preguntó a alguno de sus subordinados:

—¿Enterado?

Y Dodd, atribuyéndose la pregunta, contestó con ironía:

—¡Demasiado!

Y ahora faltaba lo más importante. La presentación de la estrella, aquella misteriosa Thelma Cherry, que cuando todo estuviese preparado y a punto de filmar, aparecería en el "plató" y se pondría en el lugar que ahora ocupaba su doble, Peggy. Quintain no podía evadir aquella presentación, ni, por otra parte, tenía la menor intención de hacerlo.

Entraron en el camarín. Thelma estaba acompañada de Koalofski, con el que, según se rumoreaba en el Estudio, iba a casarse dentro de poco. Quintain hizo las presentaciones, y Thelma, cuya bellera nadie discutía, se dispuso a hacer uso de aquella arma para ganarse la voluntad del comisionado.

—Señor Dodd, ¿no quiere sentarse?

Atterbury tomó asiento a su lado.

Un empleado entró para indicar a Koalofski que todo estaba preparado para que él diera las últimas

órdenes. Koalofski hubo, pues, de salir, dejando solos a Dodd y Thelma. Quintain, que presentía una escena estúpida por parte de Thelma, se había apresurado a desaparecer.

—Pienso organizar una velada-sorpresa en su honor—inclinó la artista, acompañando esta frase trivial con ademanes lánguidos y vampírescos.

Dodd hizo un gesto de desagrado, que no intentó ocultar.

—No se moleste, señorita, no me gustan las fiestas. No sé qué contarle a la gente. Me siento en un rincón y sólo pienso en irme a casa.

Thelma, que en su vida había oído nada semejante, hizo un esfuerzo para ocultar su sorpresa, y afirmó:

—Exactamente lo que me ocurre a mí.

Soltó un suspiro apoteósico y continuó:

—Pero usted puede hacer siempre lo que quiera, mientras que yo... yo soy una esclava. Millones de personas están pendientes de mí, para que llene de alegría sus vidas mediocres.

Dodd pensó que una mediocridad mayor que la de ella misma no habría podido hallarla ni buscándola con un candil. Su miopía no le impedía ser un psicólogo excelente y juzgar a las personas al pri-

mer golpe de vista. Dispuesto a no gastar muchos preámbulos, y totalmente decidido a cortar la verborrea confidencial de la estrella, se levantó para marcharse:

—Bien, señorita, dispense usted...

Entonces sucedió algo extraordinario. Thelma Chery, que tenía el talento de una avestruz, no halló nada más apropiado para "vencer" al matemático, que adoptar una actitud todavía más lánguida, y decirle al mismo tiempo que lo obligaba a quedarse:

—¡Oh, perdóneme! Usted no debería ser un jefe. ¡Oh, no, querido! Mírese en ese espejo. Tiene usted unas facciones tan delicadas...

La cosa habría acabado mal, de no haberse presentado providencialmente un empleado del Estudio reclamando la presencia de Thelma en el "plató".

—Dése prisa, señorita Chery. Dése prisa. Su doble se va a achicharrar.

Thelma hizo un gesto despreciativo y repuso:

—Que se achicharre.

Dodd, pensando que el "doble" era nada menos que la rubia y simpatiquísima Peggy, tan natural, tan espontánea, tan sincera, tan distinta de aquella estrella de guardarropía, sintió unos repentinos deseos

de ahogarla, pero logró contenerse. Oyó con enojo cómo la Chery le decía:

—Quiero pedir que haga usted el papel de galán en este film.

Dodd la miró fijamente a través de sus lentes. Su mirada inexpresiva le impidió reflejar en ellos todo el desprecio que en aquel momento sentía por aquella mujer falsa y vulgar, sin otro atributo que el de su belleza. Luego, dijo con voz grave:

—Señorita Chery, a veces encuentro alguna dificultad en hallar la diferencia entre lo falso y lo sincero, pero por si no está bromeando, mis deberes me impiden esa suerte de proyectos, aun en el supuesto de que yo me permitiera exhibirme en el cine.

—¡Bah! Cosas más difíciles han ocurrido en Hollywood —(hablaba por propia experiencia)—. Fíjese en mí. Yo cantaba hace años en un cabaret. ¿Lo creería usted ahora?

Sí, Dodd lo creía. La habría creído todavía más si le hubiese dicho que hacía algunos años estaba fregando platos. Pero fiel a su deber de cortesía, se abstuvo de decirselo. Pero sintiéndose incapaz de aguantar un solo instante más a la artista sin caer presa de un ataque de nervios, decidió salir, y lo hizo inmediatamente.

En el "plató" todo estaba preparado para filmar en serio la escena de la ventisca. Dodd vió a Koslofski agachado en el suelo, en una actitud tan extraña, que no pudo abstenerse de preguntar a Quintain:

—¿Es que ha perdido alguna cosa?

—No, está buscando ángulos para la cámara — contestó sonriendo irónicamente.

Koslofski siguió adoptando actitudes raras, ora avanzando, ora retrocediendo, agachándose y levantándose. De pronto soltó un grito en un idioma raro, y, acto seguido, mostrando una humilde florecita artificial que acababa de encontrar en el suelo, inquirió:

—¿Qué es esto?

—Un *adeliveiss* — contestó uno de los ayudantes del cameraman —. Tal como lo señala el guión.

Koslofski adoptó un ademán teatral. Se llevó las manos a la cabeza y luego al corazón. Luego, dirigiéndose a Atterbury, exclamó:

—¡Señor Dodd! Ya ve por sí mismo los obstáculos que se interponen al genio creador.

Dodd, que no podía comprender qué relación guardaba la humilde florecita que se encuentra en los paisajes nevados, y el genio creador de Koslofski, contempló deteni-

damente aquel "obstáculo" y emitió su opinión:

—En realidad, no soy botánico, pero parece un *adeliveiss*.

—¡Ah, parece un *adeliveiss*, pero no es un *adeliveiss*, no es más que un papel!... ¡Que traigan uno verdadero!

—Pero, jefe, tendremos que encargarlo a Suiza—advirtió tímidamente el cameraman.

—¡No importa! ¡Esperaré!

El cameraman se volvió hacia el productor, diciéndole:

—¿Qué debo hacer, señor Quintain?

Quintain, que estaba acostumbrado a las "genialidades" de Koslofski, que, en el fondo, sabía que obedecían a un plan preconcebido, se encogió de hombros y, señalando a Dodd, observó:

—Creo que este asunto ha de resolverlo el jefe de la compañía y nadie más.

Dodd tuvo una idea feliz:

—Teniendo en cuenta que durante la escena sopla muy fuerte el viento, ¿creen que alguien verá esa flor?

—Señor Dodd, en Europa, cuando hice mi mejor película: "De la Cuna a la Tumba", dispuse de una cuna de verdad y de una tumba de verdad. Ahora quieren que ruede con flores artificiales...

Y viendo que nadie le hacía el menor caso, tomando todos el partido del adelveiss, se volvió hacia Thelma:

—Thelma, hable usted.

Pero esta vez la estrella le falló también. Fiel a la consigna recibida debía procurar congraciarse con Dodd antes que con ningún otro. Contestó obsequiando a Atterbury con la más seductora de sus miradas:

—Sinceramente, creo que el señor Dodd tiene razón. ¡Con qué facilidad llega un privilegiado cerebro a una indiscutible conclusión!

Quintain miró a la estrella, con aquellos ojos suyos, profundos y penetrantes. Luego le dijo con ironía:

—Muy bien, ahora trata de demostrarnos que el tuyo puede ofrecernos idénticos resultados. ¿Seguimos?

—Como usted quiera — contestó Dodd, a quien había ido dirigida la pregunta.

Fué gracias a aquella decisión que Lester Peggy pudo finalmente abandonar su puesto, que había estado ocupando durante dos horas largas, para cedérselo a Thelma. Todo estaba ya preparado para filmar. Koslowski, resignado a prescindir de la flor natural, empezó a dar

órdenes, sentándose en su silla de director y dejando ya de buscar ángulos:

—¡Ensayo, cámara! ¡Que gire el molino! ¡Luces! ¡Atrás! ¡Viento! ¡Rueden!

Lester se acercó a Atterbury. Este la saludó amablemente:

—¿Cómo va, señorita Peggy?

—A su entera disposición. ¿Me dará trabajo o tendré que empezar a empeñar mis cosas? Porque éste ha sido el último plano.

—No me olvidaré de usted—prometió Dodd.

—¡Yo me encargo de ello!—repuso ella prestamente. Y luego, adoptando un aire confidencial, continuó, bajando la voz—: Escúche... Si quiere un buen consejo, no permita que le den el golpe de gracia.

—¿Qué?—inquirió Dodd sin entender.

—¿Ha visto el cacharro eso en que me he subido? Es como un tiovivo que da vueltas como un loco sin llegar a ninguna parte.

—No alcanzo a comprender—confesó Dodd ingenuamente.

—¡Eso le ocurrió a Napoleón y acuérdesse de Waterloo! — repuso Peggy, que tenía siempre una respuesta ocurrente a flor de labio.

Thelma Chery, subida a la rampa que Lester había calificado de

tfo-vivo, y que daba vueltas causando la sensación de que la estrella subía cuando en realidad no daba ni un paso, se preparaba para filmar la escena culminante. Al grito de "¡Ventisca!", una nube de nieve cayó sobre ella, y un viento huracanado azotó los árboles de mentirijillas que adornaban el paisaje suizo. Dodd, que escarmentado por lo que le había ocurrido la primera vez, cuando ensayaban la escena, se había puesto a buen recaudo, intentó contestar a Peggy, pero una voz cavernosa, salida no sabía de dónde, le impuso silencio.

Había llegado el momento de filmar la escena en la que tomaba parte la humilde flor de las nieves. Koslofski se volvió de espaldas, adoptó una actitud trágica, y dijo a sus ayudantes:

—¡Oh! ¡El adelveiss de papell!
¡Avísenme cuando terminen!

* * *

Al día siguiente, Dodd se encerró en la sección de contabilidad de los Estudios Colossal, decidido a desentrañar el misterio de la crisis que afectaba a los Estudios, y, sobre todo, decidido a descubrir a dónde habían ido a parar tantos millones gastados sin ton ni son en la edición de películas que no daban

luego ni la mitad de lo que habían costado. Fué inútil que Thelma Chery, asesorada por sus compinches, intentara telefonarle para hacerle caer en una celada. La respuesta de la telefonista fué siempre invariable:

—El señor Dodd sigue sin acudir a la llamada.

El tenedor de libros acababa de poner ante los ojos de Dodd un papel que tuvo la virtud de descomponer al matemático.

—¡Doscientos ochenta mil dólares por los guiones de "Satán y el Sexo"! ¡Fantástico! ¿Puede decirme por qué un guión tiene que escribirse tantas veces?

El empleado se encogió de hombros.

—El cine es así—comentó.

—¡El cine es así! ¿Es que no tienen otra respuesta para explicar estupideces, que decir: "El cine es así"?...

—Lo siento, señor Dodd, pero es, realmente, la única respuesta que puede darse.

Una mujer acababa de colarse en la habitación como Pedro por su casa. Atterbury Dodd no pudo indignarse con ella porque era nada menos que Lester Peggy. La linda Peggy se acercó a él y le hizo una pregunta:

—¿Se acuerda usted de mí? Me



— sólo soy el estóico de Thelma Gray.



—Señorita, se dejó usted esto en el coche.



—Máximas calificaciones en todas las asignaturas.



El primero le cepilló y el segundo le peinó.



—[Ah, parece un adelineiro, pero no es un adelineiro,
no es más que un papel]



Lester Peggy pudo finalmente abandonar su puesto...



—Y ahora, señorita Peggy, supongamos que usted está dictando
y que yo soy la secretaria.



—Le importaria que hablasen de mí?



—y empezé a dar vueltas por la sala.



—Dígame, señor Dodd, ¿ha soñado alguna vez?



—Day por terminado el incidente.



—¿Qué le ha pasado?



—¿Quién se lo hizo?



«Doscientas veinte respuestas y a todos les gusta más el gorila
que su graciosa amiguita...

dijo que me daría trabajo. No conseguí telefonarle. Tampoco ha ido por casa. Conque aquí me tiene.

Como Dodd era tan corto de vista no se había dado cuenta de que Lester había ya traspuesto el umbral. Por esto la invitó cortésmente a que entrara.

—Pase, señorita Peggy.

Se volvió luego hacia el tenedor de libros.

—Puede irse — le dijo amablemente.

—Lamento lo que ocurre, señor — murmuró el empleado aludiendo a las... anomalías encontradas en los libros.

—No tiene por qué excusarse. Gracias por su ayuda.

Cuando el empleado estuvo fuera, Dodd indicó a Lester que cerrara las puertas.

—Vaya, vaya, habla como un productor. Cierro las puertas, pero le advierto que si grito me oyen a través de las paredes—contestó Lester riendo.

—¿De veras? Bien, señorita Peggy, siéntese un momento. Ahora necesito pensar y creo poder hacerlo con mucha más eficacia a través de una conversación. He efectuado una leve investigación y estoy francamente aterrado.

Lester sonrió burlonamente.

—Se aterra usted con gran facilidad—comentó.

—Koslofski, adeliveiss, Thelma Chery... once guionistas para una sola película, Potts...

Enumeraba todo lo que, a su juicio, contribuía al hundimiento de los Estudios Colossal. No andaba equivocado.

—Señor Dodd — insinuó Lester con picardía—, antes de hacerme confidencias, ¿no cree que serían más eficaces si yo fuera su secretaria y no una oveja descarriada que llama a su puerta?

Dodd la miró a través de sus lentes. Tal vez tuviera razón. Después de todo, la joven podía serle útil. Necesitaba, en realidad, una secretaria.

—Completamente cierto, pero le advierto que necesito alguien incorruptible y que me sea absolutamente fiel—advirtió.

Lester le miró con sus ojos azules, en los que brillaba una chispa de malicia.

—Bien—aceptó—. Procuraré serle absolutamente fiel.

—Señorita Peggy, puesto que estamos a punto de ponernos de acuerdo sobre este particular, permítame decirle que siendo yo el jefe y usted mi subordinada, deberíamos emplear pocas familiari-

dades en nuestras relaciones... Me refiero a...

—Sí, se refiere a que durante las horas de trabajo debo llamarle señor Dodd, ¿no es eso?

Atterbury sonrió. Por nada del mundo habría querido que Lester Peggy se molestase; pero, por otra parte, la idea de que su nueva secretaria siguiese llamándole "borreguito" no le seducía demasiado. Dijo tímidamente:

—Si no tiene inconveniente, señorita Peggy.

—De acuerdo, borreguito, es decir, señor Dodd.

—Bien, señorita. Tengo que enviar inmediatamente un telegrama confidencial. Le advierto que la precisión y la velocidad serán factores vitales que aseguren su permanencia en el empleo.

Se detuvo unos instantes y luego empezó a dictar a una velocidad vertiginosa:

—Pettypacker e hijos, Wall Street, ciudad de Nueva York. Caballeros, aplazo informe nueva estructura financiera de Estudios Colossal hasta que nueva producción "Están y el Sexo" sea juzgada como valor potencial...

Se detuvo para contemplar asombrado a Lester Peggy. Esta, en lugar de coger inmediatamente papel y lápiz, como correspondía a una

buen secretaria, se había sentado en el brazo del sillón y se entretenía en pintarse los labios y retocar su peinado con la complicidad de un espejito de mano que acababa de sacar de su bolso. Se había situado frente a Lester, a quien la indignación le impidió hablar durante unos minutos. Cuando consiguió recobrarse, dijo muy serio:

—Señorita Peggy, ¿quiere sentarse un segundo en mi silla?

—Con mucho gusto, señor—aceptó despreocupadamente la nueva secretaria.

Cambiaron sus asientos respectivos. Y cuando de nuevo se hallaban frente a frente, ella sentada en el lugar del jefe, y éste en el lugar que ocupaba Lester un momento antes, dijo Dodd:

—Y ahora, señorita Peggy, supongamos que usted está dictando y que yo soy la secretaria. Usted podrá observar que yo no hago esto —y fingió pintarse los labios— ni esto —y fingió arreglarse coquetamente el pelo— ni me arreglo la media... Y, en cambio, yo hago esto —y cogió papel y lápiz.

Lester aceptó humildemente la lección. Volvieron a cambiar de sitio.

—Empezaremos por el principio.

—¿Para qué empezar por el principio? —rectificó ella—. ¿Por qué

no continuar en donde lo dejamos?

Dodd hizo un gesto de impaciencia.

—Dispense, no tenemos tiempo que perder.

—Espere, ¿no es esto lo que dijo usted?: "Pettypacker e hijos, Wall Street, ciudad de Nueva York. Caballeros, aplazo informe nueva estructura financiera de Estudios Kolossal hasta que nueva producción "Satán y el Sexo", sea vista y juzgada como valor potencial".

La sorpresa de Dodd fué tan grande que de nuevo se quedó sin habla. Cuando la recobró fué para felicitar calurosamente a su secretaria.

—Es un alarde notabilísimo de memoria, señorita Peggy.

—Olvida que fué una niña prodigio. Shirley Temple no hubiera podido recordar este discurso tan insípido. Lo tomaré taquígráficamente si lo prefiere, pero tendrá que hablar más despacio.

—Bien. ¿Qué fué lo último que dije?

—Juzgado como valor potencial.

—Exacto. Continúe. "Éxito o fracaso de esta producción influenciará extraordinariamente mi decisión final sobre venta de Estudios a Nassau".

Precisamente aquel mismo día, allá en Nueva York, el viejo Fowler cumplía años. ¿Cuántos? Ni el mismo lo sabía. A pesar de ser hombre de números, había perdido la cuenta. A la hora de la cena estaba de un humor de mil diablos, y por ello, cuando los familiares que le rodeaban empezaron a felicitarle por su cumpleaños, arreció en su mal humor, poniendo la cara de los días malos, y mirando a los suyos por el rabillo del ojo, como si dudara de sus buenas intenciones. Cuando Cyrus le felicitó, el padre se limitó a contestar con un gruñido:

—Será feliz para vosotros...

Dos criados trajeron el pastel de ritual. Fowler, al ver aquella multitud de velas encendidas, no pudo evitar un comentario irónico:

—Parece una selva en llamas.

Y volviendo a su idea fija, que desde algunos días le estaba atormentando, comentó en voz alta:

—Si ese personaje Atterbury Dodd es causa de que pierda cinco millones de dólares... le... ¡hum!

Y para dar más expresión a aquel "hum" tras el cual se ocultaban instintos no muy suaves, cortó con el cuchillo el pastel de bodas, después de haber apagado de un soplo la multitud de velas que lo iluminaban.

* * *

* * *

Transcurrieron unos días de febril actividad. Atterbury no descansaba ni un solo instante. Y Lester Peggy no le iba en zaga. Decididamente la nueva secretaria era una alhaja.

Atterbury acababa de recibir una carta de Thelma Chery, mejor dicho, un breve billetito perfumado, en el que le decía:

"Querido Atterbury:

"Le prometo una velada deliciosa en la cena de esta noche en casa de Koslofski. No me haga quedar mal otra vez. Sinceramente suya..."

Lo de "no me haga quedar mal otra vez" tenía mucha miga. En realidad, Atterbury Dodd estaba quedando mal con la estrella desde que había llegado a Hollywood. Por lo visto, no tenía la menor intención de rectificar su línea de conducta, por cuanto, haciendo una bolla de la carta, la echó desprecupadamente en el cesto de los papeles, y se dispuso a reanudar su trabajo.

Lester había terminado el suyo y se disponía a marcharse. Pero esta vez se había propuesto no hacerlo sola. Se llevaría a Atterbury Dodd aunque tuviera que arrastrarlo hasta la calle. Ni corta ni perezosa y olvidando por un momento las advertencias que él le había hecho el día en que comenzó a trabajar a su

lado en calidad de secretaria, se tomó la confianza de coger el sombrero de Dodd, colocárselo sobre su cabeza, y decirle:

—Me permito recordarle que ha llegado la hora de que salga usted también...

—¿Qué está usted haciendo? —inquirió Dodd, quitándose el sombrero y disponiéndose a dejarlo de nuevo en la percha.

Lester se lo impidió.

—Le voy a dar una buena ración de algo que no ha tenido hace días. Aire fresco. Se está usted agotando...

—¡Bah! Usted exagera. No lea para nada a mis nervios.

—¿Que no le pasa nada? Hijo mío, digo, señor Dodd, olvida que trabajo todo el día a su lado y que duermo en una habitación contigua a la suya. Y que últimamente no he podido dormir porque se pasa usted la noche hablando en voz alta.

—Hay algo, en efecto, que me tiene nervioso—confesó Dodd.

Lester hizo un gesto expresivo. Luego comentó con sorna:

—La hora de inquietarse de veras llegará mañana, cuando se proyecte esa gran película y haya visto la primera mitad.

Dodd se confesó vencido. Había estado intentando disimular su inquietud y su nerviosismo, pero

aquel fingimiento resultaba superior a sus fuerzas. Además, Lester Peggy le había demostrado y seguía demostrando una lealtad incondicional.

—Señorita—dijo sucumbiendo al afán de confidencias que se había apoderado súbitamente de él—. Sufrí una crisis tremenda. Los ahorros de treinta mil accionistas, la integridad de mi Banco e, incidentalmente, mi propia carrera, dependen en absoluto del éxito o del fracaso de "Satán y el Sexo". ¿Le sorprende ahora que...?

—No me sorprende, pero me pregunto si usted poseerá instintos normales.

La pregunta sorprendió a Dodd, que se quedó mirando a Lester alelado. ¿Qué quería decir con tales palabras? Iba a contestar algo, pero Lester no le dejó. De un salto se había sentado sobre la mesa de despacho de Dodd, olvidando completamente las leyes establecidas entre ambos, y con una tranquilidad inaudita propuso:

—¿Le importaría que hablásemos de mí?

—No... nada de eso.

—Perfectamente. Ahora dígame, señor Dodd. ¿Ha notado algo en mi pelo? Quiero decir algo raro...

—¿Algo raro en su pelo?

¿Qué diablos tendría que ver el

pelo de Lester con la crisis de los Estudios Colossal? ¿Y por qué cuando él se hallaba tan preocupado por el estado financiero de los mismos su secretaria se entretiene en hacerle preguntas tan absurdas?

—Tóquelo, tóquelo usted—siguió diciendo Lester con una frescura inaudita, bajando la cabeza y agitando su linda melena rubia ante las mismísimas narices de su jefe—. Es muy suave, y los rizos son tan naturales como la ondulación de las olas del mar. El color es auténtico y creo que bastante femenino.

Lester no mentía. En efecto, su pelo era maravillosamente rubio, suave y ondulado. Pero Dodd hubo de confesar no sin cierto remordimiento:

—No... no lo había observado.

Lester se encogió de hombros. Esperaba aquella respuesta. A decir verdad, le habría sorprendido que Dodd hubiese dicho lo contrario.

—De acuerdo—aceptó—. Adelante.

—¿Adelante? — preguntó Dodd escamado.

—Espere. Fíjese en mis ojos. ¿Nota algo?

Dodd observó atentamente los ojos de Lester. Eran grandes, claros, hermosísimos, sombreados por largas pestañas, pero como él era

corto de vista no se fijó en aquellos detalles. Confesó ingenuamente:

—A simple vista no parece que lea suceda nada.

Lester se mordió los labios. Haciendo un esfuerzo para seguir tomándose con resignación la tontoría de aquel hombre, siguió:

—Es muy distinta la opinión de los demás hombres. Mis ojos poseen una desusada intensidad de color. Son grandes y muy hermosos. Muchos astros del firmamento cinematográfico desearían mirarlos. Y bien...

Dodd bajó la cabeza anonadado. Ni remotamente se habría atrevido a discutir con Lester sobre la belleza de sus ojos, pero, a decir verdad, hasta aquel momento no se había fijado en todos los detalles que los adornaban. Comentó:

—Lo que dicen es sin duda cierto, señorita Peggy, pero...

De nuevo Lester hizo un gesto de resignación elocuente.

—De acuerdo — aceptó Lester, suspirando—. Continúo. Pero escúcheme con un poco de atención. Ni siquiera sé cómo hablarle de ello, pero... pero ¿no ha notado usted nada en mi carácter?

Y al decir esto estiró la pierna. Una pierna magníficamente torneada, cubierta por una fina media de gasa. Si aquel gesto fué involunta-

rio o no, es cosa que Dodd no podía adivinar. Lo cierto es que se quedó dudando si Lester quería que le diera su opinión sobre su carácter... o sobre sus perfectas extremidades. Optó por contestar:

—Desde luego, señorita Peggy. Me intriga su modo de pensar, y debo confesarle que...

Lester acercó su adorable rostro al de Dodd. Sus ojos parecieron agrandarse. Murmuró dulcemente:

—Confíesme lo que quiera.

Dodd apartó su cara hasta colocarla a un palmo, por lo menos, de distancia de la de Lester. Una vez a salvo, contestó:

—Debo confesarle que he estudiado su aspecto personal hasta quedar extenuado.

Los ojos de Peggy se animaron.

—¿Tanto se ocupa de mí?—inquirió—. Dígame, ¿y ese estudio le reveló alguna señal de... de belleza en mi persona?

Dodd afirmó con la cabeza. No contento con gesto satisfactorio, lo confirmó con palabras:

—Me parece que usted es más bien bonita, señorita Peggy, de otro modo no hubiera despertado en mí el impulso que me hizo observarla.

—¡Ah! No comprendo entonces por qué refrena tanto su admiración...

Hubo un silencio. Uno de esos silencios más elocuentes que todas las palabras. Los ojos de Lester buscaron afanosamente los de Dodd, que se guarecían tras los cristales de los lentes. Fué Dodd el primero en desviar la mirada, para contestar con tono de estudiada frialdad:

—Señorita, no olvide que hoy es día de trabajo.

—De acuerdo, hoy es día de trabajo. Eso significa que debe quedarse aquí preocupándose hasta ponerse malo... ¿Por qué no vamos a divertirnos un poco? Oiga, puede que me despida por decir esto, pero si no lo hago, estallo. No puedo callarlo. ¿Sabe lo que le pasa a usted? Que en vez de glóbulos rojos lleva números en la sangre. Es una máquina calculadora, no un ser humano.

Dodd pareció indignarse. Por primera vez desde que había empezado aquella conversación tan... resbaladiza, perdió el control de sí mismo.

—¿Por qué cree usted eso? Le aseguro que...

—No son palabras, son pruebas—replicó ella implacable—. Dígame. ¿Ha tenido amigos?

—No.

—¿Ha besado a alguna mujer?

—¡Nunca!

—¿Se ha emborrachado alguna vez de vino o de música?

—¡Ciertamente no!

—¿Ha sido malo alguna vez o ha tenido deseos de ser malo?

—¡Nunca! —exclamó Dodd, no sabiendo si mostrarse pesados o escandalizado.

—¿Se ha procurado alguna diversión?—siguió preguntando Lester, cada vez con tono más imperativo.

—No he tenido tiempo para diversiones.

Lester tardó un momento en contestar. Cuando lo hizo, su voz tenía un acento despreciativo, que hirió profundamente a Dodd.

—Pues entonces... usted no ha vivido—afirmó.

Dodd se desmoronó en la butaca. Gruesas gotas de sudor perlaron su frente. ¡Aquello era demasiado! Por primera vez en su vida se sentía "pobre hombre", y aquella sensación estaba muy lejos de resultarle agradable. Lester Peggy no era leal con él. Primeramente había tratado de aturdirle mostrándole sus encantos femeninos y luego le había obligado a contestar una serie de preguntas indiscretas. Se cubrió el rostro con las manos, para substraerse a la vergüenza de seguir contemplando aquel rostro de mujer. Lester Peggy acababa de

decirle que "no había vivido". Y aunque Dodd sentía deseos de protestar con toda su alma, comprendía que, en el fondo, era verdad. Por esto no se atrevía a mirarla.

Lester le contempló unos instantes con expresión dolorida. Sentía haber herido a aquel hombre bueno, honrado, leal, cuyo único defecto era tener falta de glóbulos rojos en la sangre. Se dispuso a salir, diciéndole, humildemente, como si quisiera hacerse perdonar su audacia:

—Usted dispense. He ido demasiado lejos...

Pero Dodd no la dejó marchar. Antes de que llegara a la puerta la detuvo por el brazo y la hizo retroceder.

—Señorita Peggy, por favor, no se vaya—suplicó—. Me ha mostrado usted un aspecto de mí mismo nada agradable. Creo que he llevado, en efecto, una existencia ridícula. No me daba cuenta de que la vida huía ante mí. Estaba resignado y nunca había pensado en sacudir mi resignación, como si me hubiese alejado de todo y de todos...

—Entonces, trate de ganar el terreno perdido—insinuó ella.

—Lo intentaré.

—¿Qué va a hacer para conseguirlo?

—En lo futuro daré rienda suelta a mis emociones. Ofreceré a la vida una oportunidad, para que pueda hacer de mí la persona que debí ser...

Cinco minutos después, Lester Peggy oía de labios de Dodd la más extraordinaria de las preguntas... de las preguntas que pudiera hacerle él:

—Señorita Peggy, ¿baila usted?

—Sí, desde luego.

—Me alegro.

—¿Por qué?

—Porque me va usted a enseñar.

—Bien, vamos. ¿Tiene alguna canción?

—No... Quisiera que empezara usted primero.

Lester rió de buena gana.

—¡Ja, ja, ja! De acuerdo. ¿Le importaría que emplease un doble?

Cogió el bastón de Dodd, colocó el sombrero de éste en la punta del mismo, y empezó a dar vueltas por la sala. Dodd, que la observaba atentamente, ordenó de pronto, cogiendo una tiza y haciendo una señal en el suelo, junto a uno de los pies de ella:

—¡Alto! Ahora quédese ahí, señorita Peggy. Cuando el primer paso llegue aquí, éste ahí...

Lester soltó una carcajada. ¡El discípulo queriendo enseñar a la maestra! Sólo a Atterbury Dodd

podían ocurrírsele aquellas cosas. Hizo un comentario irónico:

—Oiga... Le advierto que esto no se aprende por medio de las matemáticas. Esto es ritmo.

—El ritmo no es otra cosa que matemática, señorita Peggy—repuso sentenciosamente Dodd—. ¡Quieta!

Un buen rato siguieron haciendo lo mismo, es decir, Lester bailando sola y Atterbury marcando cada uno de los pasos que hacía en el suelo. Finalmente, como aquello se prolongaba, la joven se creyó obligada a avisar por teléfono a la dueña de la pensión que no iría a cenar. Llena de alborozo, añadió sonriendo picarescamente:

—¡Ah! No guarde tampoco cena para el señor Atterbury, porque tampoco irá.

Una horita más siguieron profesora y discípulo dedicados a enseñar y a aprender el arte de Terpsícore. Y muy a su pesar, Lester hubo de convencerse de que todas aquellas rayas y números que el matemático había marcado sobre el suelo, servían de algo, ya que, gracias a ellos, cuando Dodd la cogió por la cintura y empezó a bailar en serio, parecía que no hubiese hecho otra cosa en su vida.

—¡De no haberlo visto con mis propios ojos, no lo hubiera creído!

Dodd, que tenía que ayudarse con los números hasta para bailar, contaba incansablemente:

—Uno, dos, tres, cuatro. Uno, dos, tres, cuatro...

—¿Dónde piensa ir esta noche?—preguntó Lester entre número y número.

—Uno, dos... he decidido seguir su consejo, señorita Peggy.

—¿Mi consejo?

—Sí. Voy a ir a bailar. Uno... dos...

—¿Acaso no estamos bailando?—musitó dulcemente Lester acercando su rostro al del improvisado bailarín.

—Sí, pero... voy a ir a bailar con la señorita Chery.

Nunca pudo explicarse por qué sucedió aquello. Lester, que un instante antes bailaba tan a gusto con él, se detuvo bruscamente y, apartándose con rabia, le dijo:

—Es mejor que baile con la foca. ¡Adiós, señor Dodd! Que se divierta.

Antes de que hubiera tenido tiempo de rehacerse de la sorpresa que la actitud de Lester le había producido, ya ésta había salido del despacho dejándole abandonado a su suerte.

* * *

Media hora después, en la pista de baile de la casa de Koslofski, Dodd repetía la experiencia, sólo que ahora, en lugar de tener a Lester de pareja, tenía a la estrella cinematográfica Thelma Chery. Este pequeño detalle no le impedía seguir contando en voz alta, a fin de no perder el compás. Thelma, decidida a hacer oídos sordos a aquella interminable procesión de "uno, dos, tres, cuatro" "uno, dos, tres, cuatro" que salía de boca del matemático, adoptó una postura lánguida y acercando su mejilla a la de Dodd, murmuró con dulzura:

—Baila usted el tango mejor que Valentino.

—Muchas gracias—replicó apresuradamente Dodd, que ignoraba el baile que estaba bailando—. Uno, dos, tres, cuatro...

—Estos instantes deberían ser eternos, y son fugaces como primeros planos—dijo Thelma después de un corto silencio.

—¿Primeros planos de qué?—replicó Dodd a quien su supina ignorancia de cosas de cine ponía en ridículo.

—Planos de pasión como en las películas, cuando la dama encuentra al fin a un hombre como usted y su sueño se convierte en realidad.

Al mismo tiempo que decía esto

soltó un ¡ay! salido del fondo del alma. Dodd, que seguía siendo el ingenuo de siempre, preguntó:

—¿La he pisado?

—No, no...—murmuró ella—. Dígame, señor Dodd, ¿ha soñado alguna vez?

—Le diré. Virtualmente, no. Uno, dos, tres, cuatro... Ocasionalmente, sí, cuando he comido demasiado y he tenido pesadillas...

—No lo diré muy en serio, ¿verdad, señor Dodd?

En aquel momento se acercó uno de los músicos para decir a Thelma que la llamaban al teléfono. Dodd se quedó sin pareja, circunstancia que aprovechó Nassau, que también había sido invitado a la fiesta, para acercársele y preguntarle aparentemente interesado:

—Bien, Dodd, ¿qué le parece Hollywood?

—Pues le diré... He estado tan ocupado, que casi no he tenido tiempo de darme cuenta de cómo es en realidad.

—Lo que le pasa, amigo mío, es que no sabe cómo divertirse. Está intentando reparar en un día los daños acumulados durante meses por una mala administración. Oiga, lo que sucede con los Estudios Colossal...

—Precisamente, quiero rectificar

esa mala administración. A ello he venido...

—No está mal eso, Dodd, y ya que hablamos de ello, conozco detalles respecto a esa situación, que usted tal vez ignora...

Dodd le miró unos instantes con sus ojos inexpresivos. Luego, con el tono más natural del mundo, le dijo:

—Por ejemplo, sabe que los Estudios Colossal valen diez millones para usted, mientras los Pettypacker los consideran de menos valor ante sus accionistas...

La mirada de aguja de Nassau se detuvo unos momentos en el rostro de Dodd. Algo debió ver en él que le inquietó profundamente. Por de pronto, Dodd no era tan tonto como él había supuesto. No quiso llevar las cosas por el camino de la violencia. Ya tendrían tiempo de hacerlo, si era necesario. Se limitó a contestar:

—Presenta el asunto como una conspiración contra la Empresa.

—La idea fué suya, no mía—repuso Dodd fríamente—. Oiga usted, señor Nassau. Si ha pensado usted por un segundo, que le sería fácil intimidarme, o adularme, o, si lo prefiere, desviarme de mis propósitos en este asunto...

—Corre usted demasiado, Dodd.

Y, sin embargo, es listo. Sí, señor, es inteligente...

—Agradecidísimo, señor Nassau.

La llamada telefónica para Thelma era de Quintain. Estaba en el Estudio, trabajando febrilmente, preparando la película, para que pudiera exhibirse en prueba privada al día siguiente. Quintain le cantaba las verdades a todo el mundo, y Thelma había tenido que oír más de una vez alguna cosa desagradable, pero había algo de lo que no podía ella dudar, y este algo era el amor apasionado, fanático, que Quintain sentía por ella. Amargado, desilusionado, cínico, irónico..., pero enamorado. La había encumbrado creyendo así conseguirla más fácilmente, y ella, en lugar de agradecersele, se prestaba a ser el juguete de Nassau y permitía que para rendir culto a la publicidad le atribuyesen una gran pasión por Koslofski, pero... pero sabía, o por lo menos debía saber, que Thelma no podía pertenecer a otro hombre, que tenía que ser para él, porque no era posible que un amor tan grande no fuera correspondido.

Acababa de pedir a Thelma que fuera a reunirse con él en el Estudio, no sólo para que le ayudase a trabajar en la tarea impropia de montar la película, sino para que

le hiciera compañía, pero Thelma se negó dulcemente:

—No puedo ir, querido, te aseguro que me es enteramente imposible. La fiesta es en honor de Atterbury Dodd...

Quintain soltó una carcajada:

—¡Ja, ja, ja! Ya comprendo. De acuerdo, de acuerdo... Pasa a recogerme cuando hayáis terminado, pero no vengas muy tarde.

—¿Qué hay de la película?—inquirió la estrella.

—No he visto ni un metro. No hablemos ahora de la película. No quiero discutir contigo esta noche, preciosidad.

Colgó el aparato. ¡Ah! Thelma seguía prestándose al sucio juego de Nassau. ¡Y él seguía tolerándolo, por amor a ella, por cobardía... por lo que fuese! En aquel momento sentía desprecio de sí mismo.

—Oye—dijo dirigiéndose a su ayudante—. ¿Cuándo podremos echar una ojeada a eso, Kay?

—La estoy montando a toda velocidad. Echa un vistazo a esto. Trescientos pies de primer plano de Chery. Hace polvo la continuidad, pero si corto un solo metro hará que me despidan.

Thelma volvió al lado de Dodd. Este había dejado de bailar, y se había sentado en una mesa al lado de Koslofski. La estrella, que no te-

nía una inventiva muy fecunda, y que era absolutamente incapaz de sostener en un plano de discreta inteligencia una conversación de media hora, le hizo la consabida preguntita:

—Señor Dodd, ¿en qué suele ocupar sus horas de ocio?

—Señorita, todas las emociones, los afectos y las aventuras que necesito las busco a mi manera...

—¿A su manera?

—Sí, en lo que más quiero: en la ciencia de las matemáticas.

Thelma, que ignoraba cuántos eran dos y dos, suspiró profundamente como si Dodd le hubiese hablado de algo delicioso.

—¡Qué fascinador!—exclamó.

Koslofski no era de su misma opinión, y no tuvo reparo en decirse.

—¡Qué tonto, qué tonto ha sido usted, señor Dodd!

—Su reacción es perfectamente normal, señor Koslofski, porque usted no conoce la ciencia de las matemáticas. Es más importante para la existencia que los alimentos. Sin ella no puede haber ni música, ni arte, ni poesía. El vuelo del pájaro, el salto del salmón, el ritmo de la danza...

—¡Eso es mentira!—gritó agresivamente Koslofski, que había be-

bido más de la cuenta—. ¿Es que me ha tomado por un idiota?

Dodd tardó un momento en contestar. Había cogido distraídamente una bandeja de plata maciza que había sobre la mesa, y la estaba contemplando. Le dió la vuelta y...

Su miopía no le impidió leer una inscripción curiosa. Una inscripción que echaba bastante luz sobre el asunto que había venido a dilucidar. Aquella inscripción decía: "Propiedad de los Estudios Colossal". Cogió otro objeto de plata y leyó lo mismo. Entonces, con el tono más natural del mundo, como si se dispusiera a discutir el mayor o menor grado de idiotex que atribuía a Koslofski, contestó:

—De ninguna manera, amigo mío, pero la posesión de todo esto requiere alguna explicación. Estamos en su casa y...

No pudo terminar. Koslofski acababa de levantarse, y toda su fuerte humanidad se descargó sobre el infeliz Atterbury Dodd, en forma de un puñetazo tan sabiamente administrado, que le hizo caer hacia atrás y perder el mundo de vista durante unos instantes. Algunos invitados le ayudaron a levantarse, y pudieron ver que uno de los ojos de Dodd había sido adornado por un profundo círculo morado. Si aquello pretendía ser una explica-

ción—la que él le había pedido—, no cabía duda de que Koslofski había decidido adoptar un procedimiento muy expeditivo. Thelma hizo una escena que de haberla podido firmar le habría valido su primer éxito en el cinema, y dijo con entonación suplicante:

—Por favor, señor Dodd, Koslofski no sabe lo que se hace.

Dodd adoptó la actitud más digna que puede adoptar un hombre que se encuentra en la absoluta imposibilidad física de devolver un golpe recibido.

—Doy por terminado el incidente—contestó reponiendo un poco el mal estado de sus ropas. Y sin añadir más, se dispuso a abandonar "la escena", como un buen actor que hace un mutis difícil. Thelma trató de impedirsele nuevamente. Juntó las manos, en actitud teatral, y suplicó:

—¡Oh, no! Espere, señor Dodd, por favor, no se vaya ahora. No, por favor, por consideración a mí, no se vaya.

Potts, que había bebido también más de la cuenta, se acercó a Atterbury y le dijo farfullando:

—Dodito, la fiesta es en honor tuyo.

Dodd tuvo una respuesta magnífica:

—¿No creen que ya me han hon-

rado lo suficiente por esta noche?
—inquirió.

Sus palabras provocaron la hilaridad de los invitados. Muy digno, muy en su papel de ofendido, Dodd salió, sin añadir palabra. Al llegar a la calle se dió cuenta de que había perdido su cartera. Seguramente se le habría caído al derribarlo Koslofski tan brutalmente. Volvió a entrar, despertando su nueva presencia allí la expectación general. Seguramente esperaban algo sensacional. Pero se sintieron defraudados. Dodd no venía a devolver el golpe, sino a buscar su cartera. En aquel momento, precisamente, Potts se dedicaba a caricaturizarlo. Bailaba con una chica y decía, imitando los gestos y la voz de Atterbury:

—Tiene el ritmo del salmón y cree que baila. Es un tío colosal... Ven aquí, pequeña, y venga un poco de música. Uno, dos, tres, cuatro... A la una, a las dos... ¡Qué ojos más grandes tiene usted, señorita Cherry!... A las tres, a las cuatro. ¡Ja, ja, ja!

El "¡ja, ja, ja!" último se le atragantó al ver aparecer a Dodd. Pero el matemático seguía ignorando el derecho a la venganza. Limitóse a buscar la cartera, hallóla por fin, y pasando entre la doble hilera de invitados que se habían apartado al

entrar él, salió más digno, más despreciativo que antes, y con el ojo un poco más amoratado.

Con su dignidad herida pero no humillada, y el ojo negro como ala de cuervo, entró Dodd en su cuarto de la pensión. Se disponía a desprenderse de sus vestiduras y acostarse filosóficamente, cuando oyó unos sollozos ahogados que venían de la habitación contigua. Era Lester, la dulce Lester que lloraba desesperadamente, echada boca abajo sobre la cama, y pensando, sin duda, que un matemático, por muy eminente que sea, es la calamidad más grande con que puede tropezar una mujer... sobre todo cuando ésta comete la locura de enamorarse del matemático.

Dodd corrió hacia la puerta que separaba las dos habitaciones y llamó con los nudillos.

—¡Señorita Peggy! ¿Qué le sucede? ¡Señorita Peggy! ¡Abra la puerta!

Lester se secó rápidamente las lágrimas y abrió la puerta. Su rostro demudado la delataba, pero como Dodd era corto de vista, y a veces, sobre todo en materia de fal-das, lo era también de cabaes, no se fijó en ello.

—¿Y bien? ¿Qué quiere usted? —inquirió ella procurando compo-

ner el ademán y mostrarse indiferente.

—Me pareció que lloraba.

—¿Yo? ¡Oh, no!

Se fijó en el ojo del infeliz Dodd, y olvidando sus propios dolores con esa generosidad que poseen las mujeres enamoradas, le preguntó:

—¿Qué le ha pasado?

A pesar de no considerar una vergüenza el hecho de que un hombre brutal y estúpido le hubiese golpeado, Dodd se creyó obligado a mentir ante Lester.

—Pues... que me caí.

—Ya sé, ya veo... que le han dado un puñetazo. Déjeme ver.

Observó detenidamente el ojo, y luego, haciendo un gesto expresivo, comentó:

—Me parece que va a tener señal para tiempo. ¿Quién se lo hizo?

—Koslofski.

—¿Le pegó usted?

—Señorita Peggy, si un hombre no puede controlarse a sí mismo, ¿cómo va a poder controlar a los otros? Además, que... no conozco demasiado el arte de la propia defensa — confesó humildemente Dodd.

Entonces sucedió algo inaudito, inconcebible. Algo que Atterbury recordaría toda la vida... algo que, sin duda alguna, no tenía absolutamente nada que ver con las mate-

máticas. Y fué que Lester, la rubia, la delicada Lester cogió a Dodd por las solapas, le bajó un poco el frac hasta medio brazo, y haciendo una maniobra tan rápida como hábil, le dió una voltereta entera, haciéndole caer pesadamente al suelo. Durante aquel par de segundos que duró el espectáculo, Dodd dejó de ser un hombre para convertirse en algo así como un pelote, un muñeco de paja, en manos de Lester. Esta, para dar alguna explicación lógica a su gesto, explicó en el preciso momento en que Dodd describía una curva en el aire para ir a aterrizar sobre el suelo de la habitación:

—Podía usted haberle hecho esto.

Cuando Dodd, dolido y maltrecho, se levantó, no demostraba su rostro rencor alguno contra Lester, ni siquiera humillación. Al contrario, parecía admirado y gratísimamente sorprendido:

—¡Pero, señorita Peggy, es usted maravillosa!—exclamó.

La joven se encogió de hombros.

—No veo nada de maravilloso en saber practicar el "jju jitsu". Un truco para luchar...

—¿Para luchar? El principio de Arquímedes, el gran matemático griego...

—Yo no sé nada de eso. Sólo sé que da buenos resultados cuando

alguien me lleva a casa en coche e intenta conducir con una sola mano.

—Señorita Peggy, ¿quiere enseñarme a hacer esto?—suplicó Dodd, decidido a aprender en una sola lección el arte de aquella lucha japonesa.

—Le enseñé a bailar el tango y ya ve lo que pasó—repuso Lester, a quien todavía le duraba el enojo—. A propósito, ¿qué tal le fué con esa doña Juana la Loca?

—Señorita Peggy, debo insistir en que es preciso guardar más...

—Sí, más respeto a ese Don Juan con faldas, ¿no es así? ¡Defendiéndola en contra mía!... Y todavía pretende que le enseñe el "jiu jitsu"...

—Si no tiene usted ningún inconveniente...

Y Lester, a quien el recuerdo de Thelma Chery había tenido la virtud de enfurecer, contestó rápidamente:

—Tendré un verdadero placer.

Y repitió la maniobra, sólo que esta vez, al caer, Dodd perdió los lentes. Al ver el aspecto lastimoso que ponía, sentado en el suelo y buscando las gafas, sin las cuales no veía a medio metro de distancia, Lester lamentó:

—¡Oh! Se ha hecho daño...

—No, no, no...

—Sí, se ha hecho daño—insistió ella arrodillándose a su lado.

Pero Dodd, palpando en el suelo, había encontrado los lentes, que habían salido milagrosamente ilesos, y se los colocó prestamente. Su aspecto cambió radicalmente.

—No se preocupe—explicó—. Desgraciadamente, sin gafas, todo lo veo multiplicado. Ahora, vamos a ver... deje que pruebe con usted. A ver, lo primero consiste en...

Se había levantado y Lester también. Desabrochó la bata de la joven, la hizo bajar hasta el codo, y continuó:

—Lo primero consiste en esto, ¿no es cierto? Entonces, hago esto otro, la abrazo estrechamente...

—Más estrechamente—murmuró Lester con una expresión de rostro muy cercana al éxtasis. Pero Dodd, que apenas había empezado a vivir a pesar de sus treinta y cinco años, preguntó ingenuamente:

—¿Cómo dice?

—Estrechamente... tanto como quiera...

Dodd obedeció. Ahora Lester estaba prisionera en sus brazos. No tenía que apelar al "jiu jitsu" para que ella se confesase vencida. Le habría bastado con estrecharla más fuertemente todavía en sus brazos...

Pero Atterbury Dodd no había aprendido aún a dejar de ser una

máquina calculadora para convertirse en un hombre. Preguntó con una ingenuidad que habría desesperado a cualquier mujer:

—Y ahora, ¿qué debo hacer?

—¿De veras no lo sabe?—insinuó ella con voz dulce. Su mirada tenía un brillo extraordinario, sus labios temblaban ligeramente. Estaba bellísima...

—Ya me acuerdo, he de terminar la llave. Aprenderé. Me gusta que, sin herir a una persona, se la pueda dejar indefensa.

De pronto, aquella pobre mujer, joven, seductora, hermosa, que esperaba... un beso, fué proyectada violentamente en el aire, desde donde, tras dar una rápida voltereta, fué a caer al fondo de la habitación, dando de cabeza contra la pared. Atterbury Dodd había aprendido tan maravillosamente la lección de "jin jitsu", que resultaba un discípulo aprovechado en exceso. Si lo que se proponía con aquello era dejar a Lester indefensa, desde luego que lo consiguió. Aturdida por el golpe, medio desmayada, Lester vio cómo Dodd se le acercaba con el rostro demudado por el espanto. Era la imagen viva de la desolación, pero ella estaba demasiado maltrecha para compadecerse de él.

—¡Señorita Peggy, oh, mi querida señorita Peggy! ¿Se ha hecho

daño? Deje que la cure. ¿Dónde le duele, señorita Peggy?

En su aturdimiento cogió una de las blancas y bellas manos de Peggy y empezó a frotársela fuertemente, como si deseara hacerla volver en sí. Lester, que ni en los momentos más difíciles perdía el sentido del humor, contestó con una voz que parecía salir del fondo de una caverna:

—Desde luego, "no donde está usted frotando, hijo mío"...

Dodd se sentó a su lado, en el suelo. La puerta que daba al pasillo estaba entreabierta, porque Dodd, respetuoso con las normas establecidas, se había apresurado a poner el ladrillo de reglamento cuando llamó a Lester para que entrara en su habitación.

Entonces, apareció en el umbral un tercer personaje. Era "Nariz de Plata", la foca amaestrada, que sin duda para acreditar su condición de estrella máxima del firmamento cinematográfico, sostenía una bola con el morrito, haciendo mil monadas. La patrona acudió tras ella y, sin mostrarse sorprendida por la actitud de sus huéspedes, sentados en el suelo, explicó:

—Señor Dodd, Lester me dijo que es usted el director de los Estudios Colossal. El contrato de "Nariz de Plata" termina esta se-

mana. Si quiere contratarla le aseguro que tendrá un éxito loco. Podemos ir a medias en el negocio.

Dodd y Lester soltaron la carcajada. Y quedó completamente olvidado el enojoso incidente del "jiu jitsu".

* * *

Al día siguiente por la mañana se efectuó la prueba de la película de cuyo éxito o fracaso dependía la suerte de los Estudios Colossal. El dinero de Nassau, derrochado a manos llenas, había sido el verdadero protagonista. Gracias a él, Koslofski, tras de obstaculizar por todos los medios a su alcance el desarrollo de la producción, procuró dirigirla lo peor posible, saliendo victorioso de su empeño. En cuanto a Thelma Chery, le bastaba poner a contribución de los designios de Nassau su absoluta carencia de aptitudes interpretativas, para conseguir lo que aquél se proponía. Otros elementos indeseables se mezclaron en el asunto, y ni la experiencia ni la buena voluntad de Quintain consiguieron salvar del naufragio aquella película cuya realización había costado muchos miles de dólares.

En la pantalla del salón de pruebas del Estudio se estaba proyec-

tando la última escena de la famosa película. Se pretendía hacer creer al espectador que los dos protagonistas se hallaban en la selva virgen. Unos cuantos animales amaestrados habían lucido sus habilidades, pero ahora le había tocado el turno al galán y a la primera dama. El galán era un explorador, y se estaba muriendo a marchas forzadas. Thelma, arrodillada junto a él, hacía aspavientos encaminados a convencer a todo el mundo de que estaba desesperada:

—“¡Adiós, pequeña Diosa de la Selva!”—murmuraba el agonizante.

—“¡Oh, sir Joffrey, amor de mi alma!”—contestaba la supuesta hija de la selva, encatnada en Thelma Chery.

—“¡Ah, ah... hielo, el adelweiss, oh...!”

Y tras aquellas palabras un tanto cabalísticas, sir Joffrey inclinaba la cabeza y moría dulcemente, en brazos de la amada. Esta se echaba a llorar a moco tendido, gritando desesperadamente:

—“¡Oh, oh, Congo... muerto! ¡Oh! ¡Oh! Pero, pero recordaré siempre nuestra cita... Saint Moritz... en octubre...”

Entonces venía la escena de la nieve, que Dodd viera filmar unos días antes en el Estudio. Luego,

afortunadamente, venía la palabra *Fin*.

Terminó la película, se encendieron las luces de la sala, y los espectadores se levantaron y salieron sin decir palabra. Eran éstos Koslofski, Thelma Chery, Dodd, Lester y Quintain. Pasaron a otra dependencia del Estudio y todo el mundo seguía sin decir ni pío. Finalmente Dodd decidióse a romper el silencio, preguntando:

—Señorita Peggy, ¿tendría inconveniente en decirme qué le ha parecido la película?

—Fría, muy fría, me ha dejado helada... esa cita en Saint Moritz, en octubre...—repuso prestamente Lester.

Y sin añadir más, se metió de rondón en el despacho, pues no le interesaba en absoluto tomar parte en la discusión que iba a iniciarse.

Koslofski, que tenía ya el bolsillo bien forrado con el dinero que le diera Nassau, se mostraba contrito y arrepentido. Pero no por el engendro que había realizado, sino por el puñetazo de la noche antes.

—Señor Dodd, desde anoche me siento agobiado por el remordimiento, ¿Cómo he podido hacer tales cosas?

Lester le miró fijamente, pero Koslofski tenía la cara más dura que el cemento armado y no se inmutó:

—Aquello era social, esto es profesional — repuso Atterbury aludiendo al crimen de lesa arte que acababa de presenciar.

—Acepto — contestó Koslofski humildemente.

Dodd se volvió entonces hacia la pseudo estrella.

—Señorita Chery, ¿Está usted satisfecha de la producción?

—¡Oh, señor Dodd!—repuso la interrogada—. Una artista jamás está satisfecha. Siempre hay escenas que deben repetirse de nuevo.

—¿Entonces usted no considera terminada la producción?

—Señor Dodd, las grandes películas no se hacen, se rehacen—advirtió el director del engendro.

—Sí, esto es la cinematografía—remachó Thelma Chery.

Dodd se dirigió entonces a Quintain:

—¿Qué opina usted? — le preguntó, convencido de que su opinión era la única que debía ser tenida en cuenta.

—¡Que es un fracaso!—contestó Quintain francamente—. Y que no deben gastar un céntimo en esa película. Es mejor quemarla y olvidarla. Yo dije desde el principio que sería un fracaso.

Koslofski, que además de un detestable director era un ser inmutable en la más amplia expresión del

vocablo, arremetió furioso contra el productor:

—Usted tiene la culpa. Señor Dodd, durante toda la producción, estuvo...

—¿Estuve borracho? —inquirió Quintain sonriendo con una sonrisa amarga.

Koslofski se dirigió entonces a la estrella.

—Thelma, dile al señor Dodd si es verdad o no lo que estoy diciendo. Vamos, ¿por qué no contestas?

—Y bien, contestaré—dijo la actriz tras ligera vacilación—. Es cierto. Le rogué que no bebiera durante la producción y que nos ayudase. Podíamos haber evitado el rehacerla, si...

Aquella acusación lanzada en pleno rostro, no pareció inmutar demasiado a Quintain, que la recibió con la sonrisa en los labios. Al preguntarle Dodd si tenía algo que oponer, se limitó a encogerse de hombros y a contestar:

—Ya ha oído a la señora.

—Señor Quintain—dijo Dodd con un tono de seriedad que excluía toda idea de burla—, su conducta en momentos en que la continuación de los Estudios dependía de esta película, es imperdonable. Y me obliga a tomar una desagradable resolución... Esta resolución es la de despedir a usted.

—Señor Dodd, no crea que no sienta dejar el Estudio—fué la respuesta de Quintain.

Salió el productor y Thelma tras de él. Dodd, por su parte, fué en busca de Lester. Quería pedirle un consejo. Se había acostumbrado a contar con ella para todo y confiaba en sus juicios.

—Señorita Peggy, recuerdo que mencionó usted un procedimiento por medio del cual podríamos conocer los méritos de "Satán y el sexo".

—Me permití sugerir una prueba privada.

—Comprendo. Una exhibición previa, en la que se distribuyen tarjetas entre los invitados, para que éstos vayan anotando en ellas sus impresiones, ¿no es eso?

—Claro. Probar al perro. Si no muerde, saltamos la valla.

En otra dependencia del Estudio, Quintain, el productor, estaba recogiendo apresuradamente sus cosas. No quería permanecer ni un momento más en un lugar de donde había sido despedido. Thelma, la culpable de todo aquello, la culpable del fracaso de la película, la culpable de la excesiva afición que últimamente le había tomado Quintain a la bebida, estaba a su lado suplicando inútilmente:

—Quintain, por Dios, cécuchame.

Me odias, ¿no es cierto? Vamos, dílo, no tengas reparos. Ya no importa todo lo que quieras decirme. Pero ten en cuenta lo que significa para mí estar en la cúspide.

—Ahora lo sé—repuso Quintain fríamente.

—¡Debo haber estado loca, pero viéndolo todo perdido hubiese vendido mi alma por no perderlo! Tuve miedo...

Quintain sonrió amargamente. Miró a la mujer amada con una mirada en la que se fundían amor y desprecio. Luego repuso con violencia:

—¡Has vendido tu alma, que no es lo mismo! Mira. Yo te saqué del cabaret, te coloqué en un escenario y puse tu nombre en letreros luminosos. Soy el roquete que quiso hacer de ti una gran estrella de cine, hasta que la crítica honrada dijo la verdad. Que tus éxitos se debían a que actuabas más con las caderas que con el rostro. Cuando viste que perdías terreno, hallaste esa hormiga carnívora de Koslofski, y porque imaginaste que haría por ti más de lo que yo había hecho, te uniste a él. Cometiste un grave error, Koslofski es un reptil que vino arras-trándose hasta mí prometiendo que te haría triunfar si le daba otra oportunidad. Ahora el asunto está tan claro que me hace enrojecer,

pero entonces caí en el lazo. No es tuya la culpa, querida, sino mía, ¡aí! mía, por colocar a una muchacha ignorante en donde un millón de admiradores la trataron como a una princesa. Te acostumbré al aplauso, y no tenía derecho a esperar que supieras vencer esa vanidad. Conozco tus sentimientos exactamente. Te ha envenenado la propaganda que hemos estado pagando a los periodistas durante meses. Eres un producto típico del ambiente. Esto es lo que ha hecho el cine, crear símbolos con mediocridades superficiales. Y lo peor es que hay un nombre muy sonoro para los que abastecen el mercado de productos como tú.

La verdad hablaba por su boca. Una verdad descarnada, cruel, brutal, pero verdad al fin. Thelma lo comprendía ahora, y como, en el fondo, no había dejado de amar nunca a Quintain ni de estarle agradecida por lo que él había hecho, sentía un remordimiento infinito. La mujer se sobreponía a la estrella. Olvidando sus gestos afectados y vampírescos, acercóse humildemente a Quintain, contrita y arrepentida, y trató de retenerle.

—¡Oh, Don, no puedo consentir que hables así de ti!

El la apartó bruscamente. Aca-baba de apurar de un sorbo un vaso

entero de *whisky* y esto le daba fuerzas para rechazar a la sirena.

—Los demás hablan peor desde que has dicho que bebo—repuso—. Ahora el alcohol me servirá para ofrecerte más propaganda. He encontrado el mejor camino.

—¡Oh, Don, no, no, no valgo la pena! Ya te he hecho bastante daño. No encontrarás otro empleo si vuelves a beber. Acabarás con una camisa de fuerza.

—¿Y por qué no? Se olvida mejor de ese modo.

Se dispuso a salir de la habitación, acompañado de su fiel perro. Todavía intentó retenerlo ella. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero lágrimas de verdad, no de glicerina como las de los Estudios.

—Don... escucha, ¿no piensas en mí?

—¿En ti? No te preocupes. Te haré propaganda.

* * *

Tres días después, Lester y Dodd leían el fárrago de tarjetas que los espectadores a la prueba privada de la película "Satan y el sexo" habían enviado al Estudio, con la respuesta que se les solicitaba. Lester las iba leyendo una a una.

—¿Qué actor o actriz le ha gustado más? "El gorila." ¿Le ha gus-

tado el argumento? ¿Qué argumento? "Doscientas quince respuestas y a todos les gusta más el gorila que su graciosa amiguita..."

—Señorita Peggy, la señorita a quien usted se refiere no es mi graciosa amiguita—repuso Dodd poniéndose serio—. Es mi asociada en el negocio.

—Pues su socia estaría muy contenta al ver cómo la silbaba el público.

—¡Sí, fué una horrible experiencia!

—¡Hum! ¡Tampoco hay que exagerar, hijo mío!

—Señorita Peggy, temo que éste sea el fin de los Estudios.

—¿Es que piensa vendérselos a Nassau?

—No veo otra alternativa.

—Pero, ¿sabe lo que está diciendo? Piense en la pobre gente que se encontrará en la calle si se cierra el Estudio. Empezando por el conserje y acabando por la mujer del guardarropa. Carpinteros, albañiles, electricistas, tres mil quinientas personas que usted llama unidades, unidades que también tienen casas, familias, hijos y pagan alquileres y cuentas del médico... ¡Venda si quiere el Estudio, pero recuerde esto cuando se halle sentado en su despacho de Nueva York llenando ceniceros de tabaco caro!

Miles de personas a las que habrá dejado sin empleo, estarán en la calle humillándose ante el tendero y el carnicero, hambrientos por su culpa.

—Señorita Peggy, creo que usted desvaría—insinuó Dodd aterrado al ver el enojo de la joven.

—¡Claro que desvarío! ¡Porque soy una de esas unidades!

—Usted no es una unidad, usted es diferente.

—No soy diferente, soy como los otros y desde ahora ni empleada leal ni afectuosa amiga personal. Usted despidió a Quintain, el hombre que hubiera podido arreglar este lío, y ahora...

No pudo terminar la frase. Dodd se había precipitado al teléfono y marcó el número de la casa de Quintain. Acababa de comprender que Lester tenía razón y quería remediar el mal. Oyó la voz del criado que le decía:

—El señor no está en casa.

—¿No tiene algún lugar de preferencia?

—Debe haber ido al Trocadero...

El Trocadero era uno de los cabarets más famosos de Hollywood. Precisamente en aquel mismo instante, el *maitre*, que cuando Quintain estaba en el pináculo de la fama se inclinaba ante él de media cintura para arriba, le estaba ahora

negando la entrada. Quintain iba acompañado de su perro y estaba borracho como una cuba. Además, había tenido el humor de colocarse un cartel doble sobre su pecho y espaldas, en el que podía leerse: "Están cometiendo una injusticia con Quintain." No contento con eso, le había colocado al perro un cartelito análogo, y desde hacía un buen rato se estaban paseando ambos arriba y abajo de la calle, llamando la atención de la gente. Si con esto se proponía hacer propaganda a Thelma, desde luego que lo conseguía plenamente.

En aquel estado de embriaguez, lo encontró Dodd cuando fue en busca suya. Al decirle que quería hablar urgentemente con él, Quintain contestó farfullando:

—Reclamo el privilegio de invitarle a usted a beber... Tomaremos un traguito nada más, amigo mío...

—No puedo. Necesito hablar con usted.

—Nada más que un traguito—insistió tercamente el borracho.

—Entonces me verá obligado a dejarle inmóvil.

Dodd actuó tan rápidamente gracias a la lección de "jiu jitsu" que le había dado Lester, que cuando Quintain se disponía a protestar de nuevo, ya había dado una vuelta

entera por el aire, yendo a caer al interior del coche de Atterbury.

Una hora después, desvanecidos los vapores del alcohol, Quintain escuchaba en silencio los argumentos que le exponía Dodd para convencerle de que debía continuar en su puesto.

—¿La suerte de tres mil quinientas personas no significa nada para usted?

En los labios del productor asomó una sonrisa amarga.

—Sólo la suerte de una persona significa algo para mí... ¡Y ya ve qué premio he recibido de ella! Estoy muriéndome de sed.

Dodd le ofreció un vaso de *whisky*, que Quintain bebió ávidamente.

—Este es el primer argumento razonable que me presenta... Ahora me siento mucho mejor. En fin, ¿para qué hablar de cine? Aun cuando yo quisiera arreglar la película, Chery tendría que aprobar el guión.

—Si es así, yo me encargo de prohibírselo.

—¡Hum! ¡En Hollywood no valen los sueños!

—Olvida usted una cosa. Hay una cláusula en el contrato de todos los artistas. Escuche. "Si el artista comete cualquier acto que le predisponga en contra de la industria cinematográfica, fuera por caer en desfavor, menosprecio o ridículo

ante el público, el contrato quedará anulado y sin efecto."

—¿Y qué?

—Yo la envolveré en un escándalo.

—¡Ja, ja, ja! Tiene gracia. Ella no iba a consentirlo.

—Me atrevo a decir que sí. Siempre he tenido esta impresión. La señorita Chery está incluida en esta cláusula.

—Creo que ha dado en el clavo. Apartar a Chery de la cinematografía es la solución para los dos. Pero si logra envolverla en un escándalo, ¿se da cuenta de que le dará fama de libertino?

—Estoy convencido de ello, y me hallo dispuesto a hacer el sacrificio.

—No será usted sólo el que haga este sacrificio. Todavía quiero a esa mujer. Quisiera saber por qué...

* * *

Aquel mismo día Thelma Chery recibió la visita de Atterbury Dodd. Parecía un hombre diferente. Elegante, atildado, amable, insinuante, conquistador... La invitó a cenar en un restaurante. Bailaron, charlaron, se arrullaron... Thelma bebió abundantemente, pero no llegó a emborracharse. Al salir de allí fueron a un cabaret. Thelma vació cuatro copas de champaña, pero no se emborrachó. Fueron a otro club nocturno, y con gran sorpresa de Atterbury Dodd, Thelma apuró otras

cuatro copas sin que el champaña la alterase demasiado. Dodd, que iba en busca de provocar una borrachera estrepitosa, empezó a sentirse inquieto. Fueron a otro cabaret, pidieron champaña, Thelma bebió una copa, luego otra, y otra... No había perdido ni su impasibilidad ni su comedimiento. Los esfuerzos de Dodd para hacerle perder la corrección resultaban enteramente infructuosos. Finalmente, al terminar de apurar la cuarta copa la estrella se llevó las manos a la cabeza, suspiró, soltó un: "¡Oh, cómo me duele!", y sin decir más, se deslizó suavemente del asiento, y fué a parar bajo la mesa, quedando inmediatamente dormida como un tronco. Entonces Atterbury Dodd, sonrió satisfecho, y acostándose junto a ella, se dispuso a esperar pacientemente a que les descubrieran...

* * *

Al día siguiente, la prensa publicaba la fotografía de ambos, durmiendo pacíficamente debajo de la mesa de un cabaret, acompañada de los consiguientes comentarios, que por cierto eran sabrosísimos. Atterbury Dodd se había salido con la suya, pero...

El viejo Foulter convocó apresuradamente a los suyos, y la consecuencia inmediata fué una conferencia telefónica con Nassau. Este,

frotándose las manos de gusto, oyó lo que el viejo le decía:

—Señor Nassau, he convocado una reunión especial de mi Junta inmediatamente. He peleado con ellos, les he persuadido de que deben aceptar lo que usted ofrece por los Estudios, y ahora...

—Es lamentable, señor Pettypacker, pero en este momento estoy reunido con la Directiva. La verdad es que el señor Dodd, con su escándalo mayúsculo, ha destruido el interés de los Estudios Colossal, junto con la señorita Chery. No, insistir en las negociaciones es imposible...

El viejo Foulter soltó una palabra tan fuerte que hizo temblar el auricular. Luego insistió:

—Espere, señor Nassau. En el supuesto de que yo le dijera que mi Junta me autoriza para despedir a Dodd, liquidar el personal y transferir la instalación... La Colossal sigue siendo una buena propiedad, señor Nassau, y se podría resolver en el acto el traspaso.

—Gracias, muchísimas gracias, hemos pensado bien el asunto, pero haré un último esfuerzo...

Interrumpió la conversación para escuchar por la radio los resultados de la carrera de caballos que se estaba celebrando en el hipódromo. Luego volvió a dirigirse a Petty-packer.

—Usted gana, señor. Nuestros abogados se encargarán de todo...

Colgó el auricular, y dirigiéndose a la "Directiva" encarnada en su lugarteniente Potts, le dijo:

—¡Sellado, entregado y terminado! ¡Me gustaría ver la cara que pondrá Atterbury Dodd cuando lo sepa!

En aquel momento, Dodd estaba escribiendo una carta a Thelma Chery diciéndole que el escándalo dado perjudicaba enormemente los intereses cinematográficos de la empresa, y haciendo uso de la cláusula del contrato que le autorizaba a rescindir en un caso como aquél, se veía en el amargo trance de prescindir de ella. Y precisamente cuando se disponía a entregar la carta al mensajero, una llamada telefónica de Nueva York le puso en contacto con el viejo Foulter Pettypacker. Antes de que Dodd hubiera podido pronunciar una sola palabra, oyó al viejo que le decía:

—Señor Dodd, su conducta es sencillamente indecorosa. Acabamos de vender el Estudio a Nassau. Usted queda despedido.

En aquel momento entraba Lester. Dodd estaba colgando el auricular. Conocía a Foulter y sabía que sería inútil insistir. Bajó tristemente la cabeza y comunicó a Lester que acaba de ser despedido. Esta se

encogió cruelmente de hombros y mostrándole un papelito que llevaba en la mano, le dijo:

—Mire, éste es el cheque de liquidación. También a mí me han despedido y a otros tres mil que se lo deben a usted. Si le parece que voy a llorar porque usted se haya quedado sin empleo...

—Lo que hice fué por el bien de mi Compañía—repuso Dodd excusándose.

—Sí, pero no debió emplear la pólvora...

Nassau entró en aquel momento, con aire triunfador. Saludó a Dodd y le dijo irónicamente:

—Nos presentó una gran batalla. ¿Le molesta recoger los resultados?

—El despacho es suyo desde ahora, señor Nassau—repuso Dodd rehuendo las explicaciones.

—Admiro su actitud. Tiene usted muchas virtudes, señor Dodd. Es un hombre magnífico. ¿Qué puede importar que los hechos le coloquen a un lado u otro? Le ofrezco un puesto con setenta y cinco mil dólares al año. Es mucho más de lo que Pettypacker le ha pagado a usted...

Hablaba con sinceridad. Nassau, hombre de presa, sabía ser espléndido cuando lo creía conveniente. Comprendía que Atterbury Dodd podía ser un buen elemento y esta-

ba convencido de que con su oro podía corromperlo. Oyó que Dodd le contestaba:

—Muchísimo más, señor Nassau. Doce veces más, según creo...

—Entonces plénselo bien.

—Gracias, lo pensaré. Perdona, señor Nassau.

—Tómese todo el tiempo que quiera... No tengo nada que hacer más que esperar la octava carrera.

Salió Dodd del despacho. Vió¹ hombres, muchos hombres, a lo largo del camino que conducía a la puerta de los Estudios. Eran los obreros a quienes se acababa de dar el cheque de despedida, como a Lester, como a él mismo. Sólo que para ellos significaba tal vez el hambre y la miseria... Y para no ver las miradas de odio que le dirigían, bajó la cabeza tristemente.

Thelma había acudido al lado de Quintain. Lo halló en plena fiebre de actividad, cortando metros de celuloide. Comprendió que el productor se estaba sobreponiendo al hombre enamorado, y eliminaba sin piedad todo aquello que podía perjudicar a la película. Había recibido la carta de Atterbury Dodd y estaba furiosa.

—Esa es la peor jugada que se ha hecho jamás a una mujer—dijo con rabia mal contenida.

—¿Crees que es una doble trai-

ción? Entérate de esta triple traición—repuso Quintain mostrándole unos metros de celuloide que acababa de cortar—. ¿Sabes dónde va a ir este magnífico plano tuyo? Pues al cesto. Y esto es el que voy a poner.

—¿Me quitáis a mí de la película?

—No te quitamos, mujer, se oirán tus gritos. En lugar de cazar a sí² Jofrey, el gorila te cazará a ti. Te va a sorprender ver el efecto que produce. Vamos a hacer una buena película de todo este desperdicio de celuloide. Esto es lo único que puede transformar en una mujer buena a una actriz mala.

—¿Has arruinado mi carrera!—exclamó Thelma echándose a llorar.

—Es cierto, pero tengo otra carrera para ti cuando hayas abandonado ésta.

La cogió por la cintura y atrayéndola hacia él la besó apasionadamente en los labios, diciéndole:

—Esto te podrá dar una idea.

En aquel momento entró Atterbury Dodd. Thelma se levantó con presteza y le obsequió con un reverendo bofetón, marchándose inmediatamente. Quintain soltó la carcajada, y dijo al recién llegado:

—Iba dedicado a mí. Un pequeño juego de prestidigitación. Si queremos que este film sea un éxito tendremos que añadirle unos pri-

meros planos del gorila. Cambiaremos hasta los decorados. Ponga el visto bueno para que el departamento artístico pueda empezar.

—No puedo hacerlo —repuso Dodd tristemente—. Acabo de ser despedido.

—¿Usted?

—Como todos. El Estudio acaba de ser vendido a Nassau.

—Tanto trabajo para nada... Un par de días más y hubiéramos triunfado—aseguró Quintain.

—Suponiendo que tuviese esas cuarenta y ocho horas, ¿qué más necesitaría?

—Nada, excepto todos aquellos hombres. Tenemos al gorila en el grupo. ¡Oh, pero qué importa ya!

—Importa para la existencia de esa pobre gente. Por de pronto disponga de las cuarenta y ocho horas y de esos hombres... Se cerrarán las salidas y a Nassau le prohibiremos que entre en los Estudios.

—No puede usted hacer eso—arguyó Quintain—. Además, está dentro.

—Son casi tres mil personas a las que puede molestar su presencia.

—¿Quiere que nos metan veinte años en la cárcel? Esto se llama posesión ilegal. ¿Dónde ha ido a parar ese Atterbury Dodd que decía que los hombres eran unidades y engranajes de una máquina? ¿Es que la cárcel no le preocupa?

—Creo que lo único que verdaderamente importa es que un hombre sea leal consigo mismo—repuso Atterbury con voz grave—. Quiero decir, que si ser limpio es parte esencial de su naturaleza, debe bañarse. Y que si le desagradan las injusticias, debe tratar de remediarlas. No por esperar una recompensa o temer un castigo, sino para no traicionar nuestra raíz esencial. No es cuestión de hacer bien o hacer mal, es simplemente cuestión de lo que cada uno lleva dentro. ¿Usted comprende lo que le digo?

Quintain sonrió. No con la sonrisa amarga de siempre, sino con una sonrisa satisfecha y alegre. Preguntó:

—¿Cuánto le han ofrecido?

—Setenta y cinco mil dólares. ¿Cómo lo ha supuesto?

—Su indignada reacción me ha hecho suponer que la suma con que habían pretendido comprarle era cuantiosa. Querido, compartiré los años de cárcel con usted. Haga lo que quiera, pero no olvide que en Hollywood, cuando uno presenta la otra mejilla, le sacuden.

—Señor Quintain, ¿le molestaría mucho que... que le llamase por el nombre de pila?

—¿Es un honor que no merezco!

—Gracias, Douglas—dijo Dodd tendiéndole la mano.

—¡Hollywood es nuestro!—ex-

clamó Quintain estrechándosela. Y en el momento en que Dodd se disponía a salir, le gritó: ¡Adelante, Juana de Arco!

Un río humano se dirigía hacia la puerta de los Estudios. Eran los carpinteros, los tramoyistas, los electricistas, los figurantes, los extras de los Estudios Colossal, que habían sido despedidos y se disponían a abandonar el lugar. De pronto, oyeron la voz de Atterbury Dodd que les gritaba:

—¡Alto! No sigáis... Queridos amigos... queridos amigos... Tengo que hablaros... Tenéis que escucharme.

Corriendo a toda la velocidad que le permitían sus piernas logró ponerse a la cabeza de ellos, pero nadie quiso oírle. No fué solamente esto, le derribaron, le pisotearon brutalmente. Herido y maltrecho, sin lentes, porque habían quedado hecho añicos, Dodd se levantó y logró alcanzar al río humano en el mismo instante en que el primer hombre se disponía a atravesar la puerta de los Estudios. Levantó los brazos y siguió hablándoles.

—Ahora habréis de escucharme. No me importa servirlos de blanco si logro que me escuchéis. Yo también he sido despedido esta mañana. Me consideráis vuestro enemigo, ¿no es cierto? Toda la culpa es

mía, sí; yo soy el único culpable de que os encontréis en esta situación. Pero las cosas no son tan sencillas como imagináis. Dejadme que os diga quién es más culpable que yo mismo.

Se oyó una voz que decía:

—Ese tonto cree que somos idiotas.

Era Potts, que, comisionado por Nassau, se había mezclado con los obreros para dar cima a su tarea.

—¿Alguno de vosotros posee acciones de estos Estudios?—inquirió Dodd fingiendo ignorar la presencia de Potts.

—Yo tengo unas cuantas—repuso uno de los obreros.

—Ven aquí —ordenó Dodd cogiéndole del brazo—. Aquí te tenía, amigos, es uno de los dueños. Tenemos también otro que es un conductor de tranvía, un mayordomo de Chicago, la viuda de un soldado... hay treinta mil quinientos. Con ellos se creó este establecimiento. Y ahora un pequeño grupo de financieros embaucadores capitaneados por Nassau trata de cerrarlo, cuando los accionistas no quieren que esto suceda. No existe ningún mal aquí que no pueda curar una buena película. Douglas Quintain dice que podemos tener un brillante éxito con "Satan y el Sexo" si logramos terminarla. Podemos en-

frentarnos con Nassau, podemos salvar el Estudio. Y nuestros empleos... Sólo os pido cuarenta y ocho horas de trabajo. No tengo dinero para pagaros esas horas, pero os prometo que...

Potts, fiel a su programa, se dispuso a intervenir de nuevo. Esta vez su burla fué más cruel. Empezó a entonar una canción en boga:

"Yo no puedo darte más que amor, ¡ay!..."

Unas voces le impusieron silencio. Dodd pudo continuar su arenga:

—No sé explicarme, pero vosotros me ayudaréis. Haced lo que digo. Empeño mi palabra. Yo lograré convencer a los accionistas de que tenemos derecho a un interés. Esta es la ocasión. ¡A luchar y a trabajar!

El que se había presentado como accionista, se atrevió a argüir tímidamente:

—Sí, pero, ¿podremos continuar? Nassau se opondrá.

—Naturalmente, pero somos tres mil contra uno. Y las puertas están cerradas. El señor Quintain necesita carpinteros, electricistas, a todos nosotros, incluso al gorila, durante cuarenta y ocho horas. ¿Qué contestáis, amigos?

Todos contestaron con un "Sí" estentóreo. La fuerza de la sinceri-

dad había triunfado contra el rencor. Uno de los obreros, entusiasmado, gritó:

—¡Yo conozco al gorila! ¡El gorila dirá que sí!

Potts intentó de nuevo intervenir. Pero Dodd cogiéndole por la solapa de la americana, le dijo:

—Señor Potts, le recuerdo nuestro viejo axioma: una línea recta es la distancia más corta entre dos puntos.

Y le dió un pufetazo tan certero, que le hizo caer sin sentido. Y, seguidamente, se dispuso a dar cima a su obra. Sólo que el trayecto a recorrer hasta llegar al despacho de Nassau era largo. Tenía que desandar el camino andado tras de los obreros, atravesar los Estudios... y no llevaba lentes. Cayendo aquí y levantándose allá, tropezando con muebles, aparatos, reflectores, decorados, llegó el matemático hasta donde se proponía. Su voluntad había vencido. Una vez allí estaba completamente a salvo, ya que en uno de los cajones de su escritorio, mejor dicho, del que había sido su escritorio, tenía unos lentes de repuesto. Se los colocó, y los ojos, aquellos pobres ojos enfermos, volvieron a ver normalmente las cosas. Vieron, pues, a Nassau, satisfecho y sonriente, frente a ellos. El locutor de radio estaba informando gra-

tuitamente al hombre de presa, de las últimas incidencias de la carrera. Dodd empezó a hablarle con voz meliflua:

—Señor Nassau, usted me ofreció un puesto.

Nassau cerró la radio y se dispuso a atender a Atterbury.

—Claro. Creo que usted es inteligente y necesito hombres como usted en mi nueva organización.

—Señor Nassau, considero su proposición como una coacción inmundia. Cree que soy estúpido para dejarme sobornar, pero ya que no puedo evitar que sea usted un sinvergüenza, podré evitar esta venta. Haré más, haré que se lleve a cabo una investigación en la que estoy dispuesto a acusarle gravemente.

—¿Qué dice usted? —inquirió Nassau intentando adoptar una actitud clínica.

Por toda respuesta Dodd se le acercó y le cogió por las solapas. De esto a practicar el truquito que en buena hora le enseñara Lester, no había más que un paso. Y como Nassau intentara protestar, Dodd le dió una explicación amable:

—La ley de defensa Arquímedes, señor Nassau, generalmente conocida por jiu-jitsu.

Fuera esperaban los obreros de los Estudios. Dodd les obsequió ti-

rándoles a Nassau como si fuera un paquete inútil.

—¡Caballeros, os lo regalo!—exclamó.

Un rato antes, cuando Dodd estaba arengando a los obreros, una mano alevé le había tirado un tomate. El autor de la broma se le acercó ahora para pedirle humildemente que lo disculpase. Y como Dodd viera a Pott merodeando por allí, contrató al ex agresor:

—Olvidelo como lo he olvidado yo. A propósito, ¿tiene otro tomate?

—Sí, señor, ahí va.

Dodd cogió el tomate, que un instante después iba a chocar contra uno de los ojos de Potts, y, satisfecho de haber podido deshacerse de sus enemigos, entró en su despacho. Lester estaba allí, radiante de gozo, sonriente... y más bella que nunca. Corrió hacia su jefe para decirle:

—¡Oh, señor Dodd, ha estado magnífico!

—Gracias, señorita Peggy. Le dictaré un telegrama. Empiece: "Señores Pettypacker e hijos, Wall Street, New York. Les comunico que por no presentarse el comprador siguen siendo los dueños del negocio. He revisado todas las facturas cuidadosamente..."

Cogió su Agenda en la que se había apuntado un dato muy importante, que en el aquel momento había olvidado. En la primera página encontró lo que le interesaba. El mismo había apuntado unas horas antes: "Declararme a la señorita Peggy". Como tenía tan mala memoria recurría a aquel procedimiento para no olvidar las cosas que debía hacer durante el día.

Atterbury Dodd compuso el semblante, miró tiernamente a la rubia y gentilísima Lester Peggy, y le preguntó sin más preámbulos.

—Señorita Peggy, ¿quiere casarse conmigo?

El asombro de Peggy Lester fue casi tan grande como su alegría. Contestó con voz temblorosa:

—Pero, ¿tan inesperadamente?

—¡Ah, ah, como en las películas!
—repuso él riendo.

Hizo ademán de abrazarla, pero antes... antes debía terminar el telegrama. Dominó, pues, aquel impulso y preguntó:

—¿Dónde estábamos?

—“He revisado todas las facturas cuidadosamente...”

—En verdad. “Punto. Enormes beneficios en el bolsillo para los Estudios este año...”

Luego cogió el teléfono y ordenó al departamento de transportes:

—Oiga, manden un camión al do-

micilio del señor Koslofski para recoger varios objetos pertenecientes a los Estudios.

Todavía no podía permitirse ninguna expansión cariñosa con la señorita Lester Peggy. Le faltaba telefonar a Quintain. Llamó al departamento de montaje:

—¡Eh, Douglas, el negocio en nuestras manos!...

Oyó la voz del productor que le decía:

—¡Cariño! ¡Si supiese guisar, me casaba contigo!

La ocurrencia de Quintain le hizo reír a carcajadas. Luego, poniéndose serio nuevamente, comentó, dirigiéndose a Lester Peggy.

—Seleccionaremos los actores para futuras operaciones, cuando se efectúe la investigación que me propongo pedir en nombre de los accionistas...

Se detuvo. Lester Peggy le estaba mirando con aquellos ojos suyos tan azules y tan hermosos. Atterbury Dodd sintió en su interior algo que decididamente no tenía nada que ver con las matemáticas. Se acercó a la joven, la cogió en sus brazos, y estrechándola dulcemente contra su pecho, le dijo con toda la ternura de que era capaz:

—¡Oh, señorita Peggy! ¡Oh, Lester querida! Estoy seguro de que vamos a ser muy felices... ¡muy felices!

